

ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

PETER KAPRA

PROCESO A UN URÁNIDA

Proceso a un uránida
Peter Kapra

Espacio el Mundo Futuro/425

CAPÍTULO PRIMERO

PHILLIP no sabía cómo decir a Jean que la quería.

Era una situación difícil y embarazosa para él, que sólo contaba dieciocho años, carecía de experiencia y era todo lo tímido y corto que podía ser un Swayer.

Había salido a dar un paseo en la camioneta del padre del muchacho. Invitar a Jean había sido ya difícil, de por sí, aunque ella lo estuviera deseando. Y todo surgió cuando ella entró en el almacén donde trabajaba Phillip a comprar unas conservas que le encargó su madre.

A Phillip se le cayó una lata al suelo, de nervioso que estaba. De haber estado su patrón, señor Conway, se habría llevado una regañina. Por suerte, el dependiente estaba solo.

¡Vamos, hombre; cualquiera diría que te asustas de las chicas! — exclamó ella, con toda intención.

Phillip enrojeció.

¿Por qué me habías de asustar? —dijo en un tono que le traicionaba.

No sé... Yo no me como a nadie —Jean sacudió su linda cabeza, con gracia y sonrió, intentando animar al joven.

La muchacha tenía dieciséis años y era linda, prometiendo serlo más en pocos años. La juventud y la alegría, rebosaba por todos sus poros.

Ni yo sería capaz de molestarte en nada —musitó él, tomando un bolígrafo para hacer la cuenta.

He oído decir que todos los Swayer sois muy tímidos — insistió Jean.

—Yo no..., no lo soy, Jean —mintió él.

Mientes. Si no fueses tímido me invitarías al baile el domingo.

Phillip no podía encontrar más facilidad en la chica.

No sé bailar. No he tenido tiempo de aprender. Haría el ridículo.

Eso se arregla fácil —Jean se aferró a una divertida posibilidad — . Yo puedo enseñarte… ¿Quieres que te enseñe a bailar, Phil?

No me atrevo a ir a tu casa. Tu padre es muy serio… ¡Me asustan los jueces!

¡Qué tontería! Pero podemos hacer otra cosa. Iremos a Hurón Plain. Tu padre podrá dejarte la furgoneta. Yo llevaré mí tocadiscos de pilas… ¡Podemos ir esta tarde!

La idea sedujo a Phillip Swayer. Se confesó íntimamente que le gustaba Jean. Era, posiblemente, la chica más guapa de su edad en todo Canyon Creek.

Bueno —accedió, bajando los ojos.

Todo fue sencillo. A las cinco, Phillip salió corriendo del almacén y pidió a Henry Colé, el repartidor, que le llevase a la granja. Phillip vivía a dos kilómetros del pueblo.

¡Tengo mucha prisa, Henry!

—¿Y eso?

Me espera una chica.

¡Vaya, Phil! Nadie lo hubiese dicho.

Henry sonrió.

Está bien. Voy a dar un recado al comisario Quincy y enseguida te llevo.

Al subir a la furgoneta de Henry, Phillip miró hacia la casa del juez Davies, donde había un letrero que rezaba: «Bodas en el acto». Creyó ver a Jean detrás de la ventana derecha del primer piso, pero no se atrevió a agitar la mano. No hubiese estado bien.

Impaciente, Phillip miró hacia la oficina del sheriff. Henry estaba hablando con el comisario Quincy, en la entrada, y ninguno parecía tener prisa.

Al fin, consumido de impaciencia, Phillip gritó, a través de la ventanilla:

¡Vamos, Henry! Habría llegado antes a pie.

Henry le hizo un gesto con la mano y siguió discutiendo con el larguirucho Quincy.

Ante ello, Phillip optó por saltar de la furgoneta y acercarse a los otros. Oyó decir al comisario:

—... ha ido a ver si encontraba algo. Pero apuesto doble contra sencillo a que Porter estaba borracho, como siempre.

¡Por favor, Henry; tengo mucha prisa!

Sí, hombre, sí... Bueno, Alee; me voy... ¡El mozo tiene una cita con una chica y desea llegar pronto a su casa!

—Adiós, pues. Hasta luego.

Phillip respiró aliviado, regresando a la furgoneta y subiendo a la cabina, con Henry Colé.

—Ya estamos en marcha... Quincy me estaba diciendo que Benny Porter vio anoche un platillo volante descender detrás de Rainbow Ridge.

¿Quién es Benny Porter?

El guardabosques que vive en Adler Peak. Es un chiflado, amigo de empinar el codo. El sheriff ha ido a verle... ¡Allí estará el platillo volante ese esperándoles! ¿Quién habrá inventado esos cuentos tan absurdos?

Henry Colé hablaba mientras conducía la furgoneta hacia el camino que llevaba a la granja de los Swayer.

—¿Quién es la chica, Phil? —preguntó Henry, al cabo de un rato, dado que el otro no despegaba los labios.

La hija del juez.

¡Caramba, es mona esa chica! ¡Te felicito!

¡No hay nada entre ella y yo! —exclamó Phil, apresuradamente.

Bueno. Por algo se empieza. A tu edad ya tenía yo diez o doce novias. Claro que vivía en Carson. Aquí en este poblacho, perdido entre montañas, las cosas son diferentes. ..

Sí, eran diferentes... ¡Y pronto iban a serlo más!

* * *

Bailaron sobre el césped. El lugar estaba desierto y en el estanque próximo croaban las ranas.

Jean llevó unos emparedados, coca—colas y su tocadiscos de pilas. No había sido nada fácil para el joven seguir el ritmo de «The Four Tops» y «The Beatles», imitando a Jean en sus contorsiones.

La joven vestía un suéter azul, muy pequeño, y una minifalda de tela escocesa, con hebillas por todas partes. Se recogía el cabello dorado con un lazo negro, que se le desprendía con frecuencia.

El, a su vez llevaba sus texanos nuevos y un suéter de manga larga, con el cuello de la camisa asomando fuera.

¡Lo haces muy bien, Phil! ¡Estupendo, chico!

Esto animó al joven. Y en varias ocasiones, Jean se agarró a él, jadeantes ambos. Se habían mirado a los ojos. Se vieron.

Llevaban casi dos horas y media bailando. El joven se sentía emocionado. Le gustaba la muchacha y no podía evitarlo. Incluso, al tomar sus manos, se estremecía involuntariamente.

Bailaron un par de piezas más, hasta que casi se hizo oscuro. Luego Phillip cerró el tocadiscos y se levantó.

Ya es tarde, Jean. Vámonos.

Jean le miró sonriente.

¿Tienes miedo de estar conmigo en la oscuridad?

No… Quiero evitar que la gente de Canyon Creek piense lo que no debe pensar.

Eres muy juicioso, Phil. ¡Me gustas por eso!

Ella recogió la bolsa de la merienda y ambos caminaron hacia donde estaba la camioneta.

La habían dejado junto al camino. Phillip ayudó a la muchacha a subir, dándole el tocadiscos. Rodeó el vehículo y subió, sentándose ante el volante y cerrando la portezuela.

ean le agarró del brazo en aquel instante.

Eres muy guapo, Phil —dijo, sonriendo turbadoramente.

Tú también, Jean.

No nos vayamos tan pronto, Phil… Esperemos un poco más —suplicó ella.

—¿Para qué? —preguntó Phillip, notando que le temblaban las manos.

Para hablar —y apoyó su cabeza en el hombro de él, románticamente.

Phillip, instintivamente dio el contacto y encendió las luces… Entonces vio al uránida, a menos de veinte metros, en medio del camino inmóvil.

¿Eh…?

Su convulsión hizo que Jean levantase la cabeza bruscamente.

—¿Qué…?

Ella también vio la figura plateada que estaba delante de la camioneta.

El primer pensamiento de la muchacha fue que alguien tenía intenciones de embromarlos. El aspecto de aquella figura plateada era, sin embargo, impresionante. Parecía un astronauta, como los que había visto en las revistas y en la «tivvi» —televisión — , tenía dos brazos y dos piernas. Se cubría la cabeza con un casco esférico, del que surgía como una pequeña antena.

Y, no obstante, en aquella figura todo revelaba su origen extraterrestre. No podía vérsele el rostro, por estar cubierto por una especie de cristal oscuro. En su traje llevaba cosas insólitas, jamás vistas, que debían serle útil, como unas correas de acero en torno al pecho.

Poseía una estatura normal, como la de una persona adulta. No era muy recio. Llevaba un objeto raro en la mano derecha, imposible de comparar con nada, y sobre su estómago había una caja oblonga, también brillante.

Aquella aparición permaneció inmóvil casi un minuto. Durante ese tiempo, que a los dos jóvenes pareció una eternidad, nadie se había movido. Nadie habló. Las emociones de los dos muchachos estaban reflejadas en sus rostros demudados.

No. Es una broma —musitó Jean—, Alguien se ha vestido así para...

Jean calló, al ver moverse al extraño aparecido, que dio unos pasos lentos hacia la camioneta, alzando la mano derecha, en la que sostenía su insólito aparato.

No temáis. No os haré daño.

Jean se apretujó contra Phillip, buscando protección en él. La voz había llegado perfectamente a los oídos de ambos y no parecía proceder de ninguna parte. Era una voz extraña, con modulaciones metálicas, un tanto vibrante. Pero se había expresado en inglés correcto.

La figura plateada siguió avanzando, dentro del foco de las luces, hasta situarse a un lado del vehículo. Su mano derecha estaba extendida hacia la ventanilla, apuntando con su objeto a Phillip.

Deseo hablar con vosotros. Por favor, escuchadme.

Phillip actuó en aquel instante. Alargó la mano y giró la

llave del contacto, con intención de poner el motor en marcha y salir de estampida, dejando allí al extraño aparecido... ¡Pero su asombro fue infinito al no escuchar el motor de arranque!

He anulado la bobina de encendido —dijo la figura que estaba junto al vehículo — . Puedo anular también vuestra voluntad. Pero no temáis. Por favor, tranquilizaos. No os haré daño de ninguna clase.

¿Quién... es... usted?

Mi nombre es Drisk y no soy de este planeta. Vengo de muy lejos en una misión importante que me han asignado mis superiores... ¡Soy uránida! Del mundo que vosotros llamáis Urano... Descended al suelo, por favor.

Como si una fuerza extraña le impulsara, Phillip abrió la portezuela, bajando a tierra. Jean le siguió, por la misma portezuela. Ahora, fuera de los focos del coche, la plateada figura tenía un aspecto menos irreal.

Phillip pudo darse cuenta de que al uránida no se le veía el rostro. Su escafandra estaba totalmente cerrada y sobre el rostro había una placa circular, como de acero más oscuro, cubierta de estrías o ranuras muy delgadas.

La pequeña antena de su casco parecía vibrar y despedir débiles y casi invisibles rayos de luz amarilla.

Sé que vosotros sois de un pueblo de las cercanías llamado Canyon Creek —continuó hablando el uránida, con su peculiar voz, que no parecía surgir de ninguna parte—. Conozco vuestro lenguaje; lo he estudiado en nuestros registros sonoros. Yo, es la primera vez que vengo a la Tierra. Pero mis semejantes han venido muchas veces a explorar este mundo. Por eso sabemos muchas cosas de vosotros.

¿De verdad es usted un ser de otro planeta? —preguntó Phillip.

De verdad, Phillip Swayer —fue la contestación.

¿Sabe usted mi nombre? —se sorprendió el muchacho.

Sí. Puedo leer tus pensamientos y los de tu compañera. Ahora lo estoy haciendo para evitar peligro. Sé que los terrestres sois muy agresivos.

—¿Qué es lo que quiere de nosotros? —osó preguntar Jean, recobrando la voz.

Os lo diré inmediatamente. Es bien sencillo. Quiero una entrevista con el Presidente de este pueblo terrestre. Traigo un mensaje para él.

—¿Y por qué no ha ¡do a Washington? —inquirió Phillip—. El

Presidente está allí.

No puedo ir hasta allí por diversos motivos de seguridad. Conozco a los hombres más de lo que podéis suponer. Quiero que el Presidente venga a verme aquí.

No vendrá — respondió Phillip.

Sí. Sé que lo hará —continuó diciendo el uránida que había dicho llamarse Drisk—. No soy un ser de esta tierra. Vengo de otro mundo y tengo que transmitirle mi mensaje. Os diré lo que debéis hacer. Jean Davies se quedará aquí, conmigo. Tengo mi nave cerca, entre esos árboles, a cubierto de miradas indiscretas...

No me quedaré aquí sola con usted —exclamó Jean.

No temas jovencita —replicó Drisk—, No te haré ningún daño. Y para que veas que puedo dominar tu voluntad, camina hacia allá y detente a seis pasos.

¡No! —empezó a decir Jean, para callarse inmediatamente y caminar como una sonámbula hacia donde le había dicho el uránida, hasta detenerse, rígidamente.

¡Quieto, Phillip Swayer! —habló entonces el uránida, al ver al joven pretendiendo saltar valientemente sobre él—. Te repito que no os haré daño alguno. Será todo lo contrario. De mí recibiréis mucho bien. Pero necesito vuestra ayuda. Ahora, volverás al pueblo y llamarás por teléfono a Washington. Hablarás con el Presidente y le dirás que debe venir mañana mismo, en un avión, para escuchar el mensaje que debo transmitirle. Pero ha de venir solo, sin tropas ni policías. Esto es muy importante.

Phillip estuvo a punto de soltar una carcajada. No lo hizo dado lo irreal de la situación. Se limitó a decir:

Está usted soñando. ¿Quién cree que es nuestro Presidente?

Lo sé muy bien. ¡Es ése! —al decir esto, el uránida movió la mano hacia la derecha y accionó el aparato que llevaba en la mano, del que surgió un chorro de luz azul.

Y en el aire, a poca distancia, surgió la imagen del

Presidente de los Estados Unidos, como proyectada por una máquina cinematográfica sobre el invisible lienzo de la noche.

Ese es vuestro Presidente. Y tengo que hablar con él... ¡No debe venir nadie más que él! ¿Me has comprendido, Phillip Swayer?

Puedo llamar a Washington, si me dan comunicación, pero no podré hablar con el Presidente. Me atenderá la última telefonista de

la Casa Blanca.

—Tienes que decir que llamas de parte mía. Da mi nombre. Di quién soy, pero no digas dónde estoy hasta que se haya puesto al teléfono el propio Presidente… ¡Yo sé que te escucharán! Y ahora Phillip Swayer, vete pronto. El tiempo va a cambiar y eso puede entorpecer mis proyectos. Todavía no puedo hacer nada contra vuestro clima. Y no temas por tu compañera. Nada le sucederá. Te doy mi palabra.

Phillip asintió instintivamente. Dio media vuelta, de modo maquinal y subió a la camioneta. Se encontraba bajo el influjo del uránida, como hipnotizado.

Sin fijarse ni siquiera en Jean, que estaba a un lado del camino, como una estatua, dio al contacto y el motor se puso en marcha inmediatamente.

Antes de arrancar, aún escuchó la voz extraña de Drisk, diciéndole:

No hagas caso a lo que te digan en Canyon Creek… ¡No debes hablar con nadie para nada!

Se alejó por el sendero, dejando pronto atrás a Jean y al extraño individuo. En pocos instantes, salió al camino y allí aceleró, removiendo el polvo del suelo, para llegar cuanto antes al pueblo, distante unas seis millas.

No quería pensar en lo que había sucedido. ¡Era tan extraño todo! Sentía una gran inquietud por Jean. No debió dejarla allí con aquel sujeto. Mas, ¿qué podía hacer?

En la mente le bullía la idea de dirigirse primero a la oficina del sheriff y contárselo todo a «Rocky» Winn. Pero esto tal vez perjudicase a Jean, porque el uránida le había dicho que no hablase con nadie.

Empezó a llover de improviso. Al llegar ante la oficina de telégrafos, bajo cuyo soportal se habían congregado varios individuos, saltó al suelo y entró corriendo en la oficina.

Jack, por favor —pidió Phillip al empleado que estaba detrás de la ventanilla — , quiero una llamada larga distancia urgentísima.

¿Qué te ocurre, Phil? ¡Estás pálido!… ¿A dónde quieres llamar?

—A Washington, a la Casa Blanca. ¡Quiero hablar con el Presidente de los Estados Unidos!

El empleado lo miró perplejo.

¿Estás loco, Phil? —exclamó, al salir de su pasmo.

Por favor, haga lo que le digo… ¡Es de vida o muerte!

Jack Lemont miró al descompuesto joven y conectó con el teléfono del sheriff.

CAPÍTULO II

EL estirado y flaco comisario Alee Quincy era un hombre inculto y un tanto fanfarrón. No tardó en presentarse en la oficina de telégrafos chorreando agua, mojado y agresivo.

Uno de los leñadores, recio, barbudo, y de manos ásperas, sujetaba del brazo a Phillip Swayer, quien parecía a punto de echarse a llorar.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó el comisario, poniéndose en jarras frente al joven dependiente del almacén.

Jack, que había salido de detrás del mostrador, señalando a Phillip dijo:

Este importante personaje me ha pedido que llame al Presidente de los Estados Unidos.

¿Al Presidente? —Alee Quincy bizqueó, atónito, para luego soltar una carcajada.

¡No se burlen! —gritó Phillip — , Esto es más serio de lo que parece.

Naturalmente que es serio —contestó Quincy, fingiendo seriedad — , ¿Y qué tienes que decirle al Presidente?

Que venga mañana mismo a Canyon Creek.

Quincy se volvió a Jack Lemont.

—¿A qué esperas, Jack? Llama a Washington y dile al «Tío Sam» que venga a ver a Phillip Swayer, el granjero.

Por Dios, tienen que creerme. ¡Es cierto, necesito hablar con el Presidente!

—¿Para decirle que venga?

Sí. Eso es lo que me han dicho…

—¿Quién te ha metido en la cabeza esa estúpida idea?

Phillip recordó las instrucciones recibidas del uránida y se mordió los labios. Pensó también en Jean Davies y se estremeció. Comprendió y justificó perfectamente la actitud de Lemont y

Quincy. ¿Quién era él para llamar a Washington y pedir hablar con el Presidente de la nación más importante del mundo?

Sin embargo, no debía decir a nadie lo que había visto. Tal vez peligrase la vida de Jean.

En aquel instante, un horrísono trueno sacudió terriblemente el cielo.

¡Vaya una tormenta! —musitó Jack Lemont—. De todas formas, aunque quisiera, no podría ponerte en comunicación con Washington, muchacho. La línea está cortada.

¡Oh! ¿Habla usted en serio? No hubiese venido de no ser una cosa importante. Jean Davis se ha quedado allí y...

Alee Quincy, que había estado mirando fijamente a Phillip, exclamó:

—¿La hija del juez? ¿Dónde está?

Phillip miró al otro y palideció, retrocediendo un paso.

No... No puedo decir nada. ¡Tiene usted que creerme, comisario! ¡ Oh, Dios mío, qué embrollo!

—Tú saliste con esa chica esta tarde. ¿Dónde está?

No puedo decir nada... ¡No puedo! —gimió Phillip, como si el otro le hiciera daño, apretándole el brazo.

No querrá decir nada delante de nosotros —insinuó Jack Lemont.

Sí, tal vez sea eso... Pero yo le vi salir con Jean Davies y ha vuelto solo, ¿no es así? ¿Dónde ha quedado la chica?

En Hurón Plain —terminó por decir Phillip, a punto de echarse a llorar.

—¿Y no te da vergüenza dejar a una chica allí, con este tiempo? Anda, ven conmigo. Iremos a buscarla. ¿Tienes la camioneta ahí, verdad?

No, no podemos ir —chilló Phillip—, ¡Hay que buscar el modo de comunicarse con el Presidente!

Perdida la paciencia, comprendiendo que la cosa era más complicada de lo que parecía a simple vista, ya que una chica del pueblo había quedado abandonada en un paraje desierto, lejos del pueblo y de su familia, Alee Quincy empujó a Phillip hacia la puerta.

Iremos a buscar a Jean Davies.

* * *

No valieron razones a Phillip Swayer. El comisario le metió dentro de la camioneta sin muchos miramientos, ante la mirada un tanto divertida de los leñadores que todavía se refugiaban debajo del soportal de la oficina de telégrafos.

Quincy se encargó de tomar el volante, diciendo:

No me mientas, Phillip. Si te has disgustado con Jean Davies y la has dejado plantada en Hurón Plain, dime la verdad. Esa chica no puede quedarse ahí con el tiempo que hace.,. Pero, si vamos allí y no está, te acordarás de mí.

No he mentido —protestó el muchacho. ¡No va usted a creerme, comisario!, si le digo que se nos apareció un uránida.

¿Un qué?

Un ser de otro mundo.

Quincy esbozó una sonrisa condescendiente y sarcástica.

—Ya me parecía a mí...

Le hablo en serio. Jean Davies se ha quedado con él. Nos dijo que tenía su nave detrás de los árboles, oculta. A mí me envió con el mensaje. Yo debía guardar el secreto y no decir nada a nadie.

Phillip comprendió que no debía hablar, pero no tenía más remedio que hacerlo. Ya no podía resistir más. Por otro lado, si no había línea con Washington, era imposible cumplir el encargo de Drisk.

—Yo no creo en esos cuentos infantiles, hijo. Empiezo a sospechar que hay algo turbio en todo esto, porque no deseo creer que estés loco.

Es verdad.

Phillip Swayer dio a Quincy toda clase de señales del uránida. Repitió palabra por palabra todo lo que habían hablado, pero el comisario se limitó a sacudir negativamente la cabeza a todo.

Si existe ese uránida, como tú dices, yo lo arreglaré... Pero como sospecho que todo es un cuento tuyo, ¡te arreglaré a ti!

La lluvia continuaba cayendo con fuerza y ambos ocupantes de la camioneta apenas podían distinguir el encharcado camino.

¡Condenado tiempo! —masculló Quincy.

Por su parte, Phillip se encerró en un hosco mutismo hasta que llegaron a las inmediaciones de Hurón Plain, donde Quincy

preguntó:

Y bien, ¿dónde está esa chica?

* * *

Jean Davies había sentido una sensación extraña cuando Drisk la obligó a caminar contra su voluntad. No podía expresar claramente lo que sucedió dentro de ella. Fue algo sorprendente e insólito.

Oía, veía y pensaba. Se daba cuenta de que su miedo iba en aumento y tenía necesidad de huir, echando a correr... ¡Mas no podía moverse de donde estaba!

No pudo mover ni una pestaña hasta que la camioneta y Phillip se alejaron, por el camino. Ni pudo moverse cuando quedó sola con aquella figura de aspecto sobrenatural, que se acercó a ella, caminando sobre sus dos pies enfundados en algo parecido a botas metálicas,

Por favor, Jean. No temas nada. Estando tú aquí, Phillip cumplirá mi encargo.

Si no vuelvo a casa a la hora de la cena, mi padre se alarmará — creyó Jean que estaba diciendo. Y así, debía ser, porque el uránida, sin moverse, replicó:

Posiblemente. Pero necesito ayuda y éste es el único modo de conseguirla. He de transmitir mi mensaje a vuestro Presidente. Quizá la vida de todos nosotros dependa de esa importante entrevista.

¡Quíteselo de la cabeza, señor Drisk! ¡El Presidente no vendrá a verle a usted!

—Tiene que venir y vendrá... Porque yo no puedo ir hasta donde está él.

—¿Y vamos a esperar aquí toda la noche?

No. Pronto va a llover... Será mejor que vayamos al interior de mi nave. Ven por aquí.

Al terminar de decir esto, Drisk accionó el extraño objeto que llevaba en la mano derecha y un foco de luz blanca inundó el suelo.

Jean vaciló entonces. Ignoraba si podría mover los pies. Supuso que sí, aunque sentía un miedo cada vez más creciente. Sin embargo, su curiosidad era mucho mayor. Y por eso se movió, detrás del uránida, siguiéndole hacia los árboles.

El foco de luz iba siempre dirigido para el suelo, delante de los pies de la joven. Drisk no parecía necesitar luz para orientarse.

A los pocos instantes empezó a caer la lluvia. El cielo se iluminó con un fuerte relámpago y los árboles del lugar parecieron platearse durante una fracción de segundo, para dar aspecto más irreal al ambiente.

Nosotros hemos logrado dominar a los elementos naturales —habló Drisk—, Hace siglos que no tenemos tormentas y sólo llueve donde a nosotros nos interesa. La lluvia es beneficiosa para la agricultura de los mundos en desarrollo y vosotros la necesitáis grandemente.

—¿Cómo es su mundo, Drisk?

Urano es un planeta antiguo y densamente habitado. Sólo tenemos una ciudad, a la que llamamos «Seederg», que está poblada por veinte mil millones de uránidas. Pero, si las naves de otros mundos llegasen a Urano, jamás nos encontrarían. Ahí está mi nave.

Se habían internado entre los árboles y Drisk se detuvo de pronto para mover la mano y hacer que el foco de luz blanca se dirigiera hacia el punto en donde Jean pudo ver algunos árboles caídos y desmochados, que parecían servir de lecho a un objeto plateado, de gran tamaño, que descansaba ligeramente inclinado.

Visto de lado, era como una enorme lenteja, aunque en su parte superior mostraba una protuberancia esférica, de color distinto al del resto del objeto, a modo de cúpula opaca.

—¿Es un platillo volante? —preguntó Jean, atónita y sobrecogida.

—Así los llamáis vosotros… Entremos. La lluvia arrecia.

Jean no vio a Drisk accionar el curioso aparato que llevaba en la mano y por esto se asombró, al ver descorrerse un rectángulo, en la parte inferior de la nave, de la cual surgió una escalerilla automática, iluminada por una fuerte luz amarillenta.

Drisk fue el primero en acercarse a la entrada, pisando entre las ramas de los árboles y la hojarasca. Pisó los primeros peldaños y luego se volvió a la muchacha, que se había detenido, más asustada que antes.

Entra. Aquí estarás bien. No hay temperatura alguna. Ni frío ni calor… Y nada temas. No intento raptarte. No sobrevivirías mucho tiempo en «Seederg».

¿Cómo sé que no has enviado a Phillip al pueblo para causarme daño?

—Tienes que confiar en mi palabra. Entra sin miedo. Para vosotros, hay aquí dentro cosas muy singulares y curiosas.

Venciendo su resistencia al miedo, Jean optó por subir la escalerilla y se encontró en una especie de cámara circular, como si fuese un huevo grande, visto por dentro. La luz parecía filtrarse por las paredes.

Se apoyaba en la estrecha plataforma que quedaba en la parte superior de la escalera, ¡pero ésta empezó a ascender, con suave vibración y a desaparecer en el suelo!

Jean tuvo la impresión de que iba a caer y se agarró al brazo de Drisk. Sintió la suavidad de aquel tejido metálico y tuvo la sensación de estar tocando acero flexible o algo semejante.

Instintivamente, le soltó.

No caerás, Jean —habló Drisk—. No se abrirá la compuerta de la cabina interior hasta que no se haya cerrado la entrada exterior.

Así fue. La escalerilla terminó por desaparecer bajo sus pies, sin que hubiese perdido ella el equilibrio, y aquella cabina en forma de cáscara de huevo se descorrió, empezando a abrirse por una línea recta que iba desde el techo al suelo... ¡Y Jean se encontró en el umbral de una cabina circular, de dos metros de altura por cinco de diámetro, en cuyo centro había un insólito aparato, de un material parecido al vidrio, y las paredes estaban totalmente cubiertas de objetos rarísimos y complicados!

¡Cielo santo! —exclamó Jean — . ¿Estoy soñando?

No. No sueñas —dijo Drisk, entrando en aquella cabina y acercándose a algo parecido a una esfera, en cuyo interior destellaba una luz roja — . Pasa y siéntate. ¿Verdad que no notas frío ni calor? Aquí no existe temperatura... Debo, sin embargo, suplir la ausencia de atmósfera, aplicando un sucedáneo que no te perjudicará. Por eso estoy regulando el termostato.

A un lado de la máquina central, del suelo, se alzó y se onduló la alfombra, o lo que fuese, accionada por tres soportes. Jean quedó boquiabierta al ver que se formaba una especie de silla giratoria.

Descansa, Jean Davies. Siento no poder ofrecerte nada que te apetezca. Pero... Aguarda. Hay algo aquí que te gustará. Son pastillas alimenticias de tipo «universal».

Diciendo esto, Drisk presionó el extremo de un cristal abombado y elíptico, que se descorrió en dos partes, dejando ver unos recipientes contenidos en alvéolos.

Tomó uno de aquellos objetos y se volvió a Jean, que seguía de pie, sin atreverse a tomar asiento.

Con una de estas píldoras, tu organismo puede funcionar perfectamente durante varios días terrestres. No tendrás apetito, ni sueño, ni cansancio. Tampoco te perjudicará en absoluto... Tómatelo.

Presionó el recipiente y extrajo una bolita blanca que echó en su mano izquierda, tendiéndosela a la joven.

No —dijo ésta — . No quiero tomar nada... ¡No he debido entrar en este lugar!

Saldrás de aquí sin haber recibido daño alguno —habló Drisk — . Tómate esa píldora y siéntate.

Jean obedeció entonces, comprendiendo que él dominaba de nuevo su voluntad. Tomó la píldora y se sentó. Una sensación de euforia la invadió casi inmediatamente.

¿Viaja esta nave a través del espacio?

Sí —replicó Drisk, devolviendo el envase de las píldoras a su elíptico armario y cerrándolo. Luego se situó delante de Jean.

Sé que estás asombrada de cuanto ves aquí. Tú y tus semejantes desconocéis la utilidad de todo esto. Son instrumentos de navegación sideral, aparatos auxiliares y de comunicación. El equipo es moderno y completo, pero reducido... ¡Y también se estropea!

No lo entiendo.

En realidad, he sufrido un accidente que me ha obligado a tomar tierra en este lugar. Mis órdenes son de no alejarme más de cien metros de mi nave. Aquí estoy seguro.

Estaba pensando en que si el sheriff reúne a todos los leñadores y viene a buscarme, no estará usted tan seguro corno cree.

Drisk extendió los dos brazos hacia Jean y dijo:

Conozco a los terrícolas. No me sorprendería que vinieran a buscarte. Ya he pensado en eso. Pero no podrán penetrar aquí. No creo que una bomba atómica pudiera hacernos daño. En realidad, mi único deseo es tratar con el Presidente de este importante pueblo. Mis superiores quieren establecer relaciones cordiales con

vosotros, pero yo necesito una pila «Inxg», de lo contrario no podré despegar con mi nave.

»He informado a mis jefes. Se ha reunido el «Kaxt» de «Seederg» y han acordado que pida ayuda a tus jefes y establezca el primer contacto oficial. Por ese motivo me he puesto este traje. Necesitaba salir al exterior y vuestra atmósfera es peligrosa.

¿Dice que ha tenido un accidente?

Sí. La pila de «Inxg» se me ha agotado. Debía tener alguna fuga. No es fácil que eso ocurra, pero ha ocurrido y no sé la razón. Sé que vosotros poseéis material para construir una nueva pila. Yo daré las indicaciones convenientes a vuestros técnicos y en poco tiempo me harán una, de suerte que podré volver a «Seederg».

Supongo que debe usted de saber que los Estados Unidos no es el único pueblo que existe en el mundo — intervino Jean.

Lo sabemos. Y sabemos que es el más adelantado técnicamente. Hemos podido examinar los ingenios que estáis lanzando al cosmos y nos interesan, particularmente, vuestros avances astronáuticos, que con el tiempo, os llevarían a establecer contacto con nosotros.

«Sabemos que en la Tierra existen grandes desavenencias raciales. Que unos pueblos no se llevan bien con otros, como nos ocurrió a nosotros en los primeros tiempos de nuestra historia. Ahora somos un pueblo unido y todos nos regimos por las mismas leyes. Eso es lo que habréis de hacer también vosotros para terminar vuestras guerras y rencillas.

¡Eso es imposible! —exclamó Jean.

Pues ése habrá de ser el primer pacto que os exigiremos cumplir. Si no hay unidad en esta tierra, nosotros no aportaremos nuestros conocimientos en beneficio de vuestro progreso. No queremos nada de vosotros, sino todo lo contrario. Venimos a ofreceros mucho y a establecer la paz en la Tierra. Pero si no la aceptáis, os la impondremos, porque con vuestras guerras, cada vez más terribles, estáis poniendo en peligro no sólo vuestro planeta, sino también los nuestros. Era necesario, tarde o temprano, establecer este contacto del que ha de salir, forzosamente, gran beneficio para vosotros. Vais a ganar mucho y a no perder nada.

CAPÍTULO III

NO te muevas de aquí —dijo el comisario Quincy, que se había guardado en el bolsillo la llave del contacto de la camioneta y se había puesto un arrugado impermeable que le ofreció Phillip — . Yo la encontraré, pero como le haya ocurrido algo a la hija del juez, ¡sabrás lo que es bueno!

Phillip no contestó. Estaba ciertamente asustado y la noche, el ambiente y la tempestad no contribuía, ni mucho menos, a disipar su ansiedad. ¿Dónde se habían metido Jean y el uránida?

Por su parte, Alee Quincy no estaba muy seguro de encontrar allí a Jean Davies. Sospechaba que Phillip Swayer le había engañado, llevándole a tal lugar, con intención de despistarle. No quería creer que la muchacha hubiese sufrido mayor percance que el lógico entre una chica bonita y un joven muchacho, solos en el bosque.

Quincy no llevaba más que una pequeña linterna eléctrica de bolsillo, con la que alumbraba a! suelo encharcado, donde el agua formaba ya pequeños arroyos. La luz de los relámpagos le permitía ver con frecuencia en derredor.

De vez en cuando, gritaba:

¡Jean! ¡Señorita Davies!

Un trueno fortísimo pareció contestar a su llamada. El comisario estaba a punto de volverse, si la curiosidad no le hace penetrar entre los árboles, avanzando unos veinte metros y pisando sobre la mojada hojarasca, hasta que, de pronto, se detuvo, atónito: ¡Ante él vio, a la luz de un relámpago, la silueta del platillo volante!

—¿Qué…? —empezó a decir.

Sintió deseos de dar media vuelta y echar a correr. Aquello era algo sobrenatural. Phillip Swayer tenía razón… ¡Era algo extraterrestre, como lo que el borracho de Benny Porter había dicho al sheriff que vio descender detrás de Rainbow Ridge!

Hubo de hacer un esfuerzo sobrehumano para hurtarse al miedo que le hacía temblar las piernas y acercarse hasta poder ver la superficie metálica del objeto a la luz de su pequeña linterna.

Incluso alargó la mano, para tocarlo, como si no creyera en lo que veía. No llegó a hacerlo. En aquel instante, escuchó como un intenso silbido y retrocedió unos pasos.

Un rayo de luz surgió del aparato, dibujando un rectángulo en el

suelo. Quincy miró aquella luz y vio deslizarse un objeto que descendía lentamente. Era una escalera. También vio unas botas de acero, o algo semejante, unas piernas… ¡Y una figura plateada!

Alee Quincy retrocedió e introdujo la mano bajo su impermeable, agarrando la culata de la pistola y extrayendo el arma.

No se mueva —oyó decir a una voz, cuyo timbre metálico le hizo encoger el corazón.

Instintivamente, Quincy oprimió el gatillo del arma. Vio el fogonazo y sintió un dardo lacerante en el pecho al mismo tiempo. La vista se le nubló, tambaleándose, dejando escapar el arma y desplomándose pesadamente al suelo.

¡Estaba muerto!

Su bala había surgido hacia Drisk, siendo rechazada por un escudo magnético y devuelta en la misma fracción de segundo, para hundirse en su propio pecho, atravesándole el corazón.

Drisk se acercó entonces al caído. Se agachó a un lado y le tentó con el extraño objeto que llevaba en la mano. Luego, se levantó, y avanzó hacia los árboles. Detrás de él, en tierra, quedaba un hombre sin vida y el platillo inmóvil, de debajo del cual surgía un chorro de luz blanca.

Drisk llegó hasta el claro y vio la camioneta. Se acercó, sin prisa. Antes de llegar al vehículo, Phillip ya le había visto, al iluminarse el cielo, y se estremeció de terror.

Drisk alzó la mano y un destello azul surgió de su aparato de mano. La portezuela de la camioneta se abrió sola.

No has hecho lo que te dije, Phillip Swayer —habló el uránida —. ¿Por qué has vuelto con ese hombre armado?

No pude evitarlo. Lo siento. Me ha traído contra mí voluntad. Yo fui al pueblo y pedí una conferencia con Washington. Se rieron de mí… ¡En serio! Jack Lemont llamó al comisario del sheriff y éste ha creído que yo y Jean… Bueno, no sé lo que ha creído, pero me han dicho que si no aparece Jean…

No tienes que preocuparte por ella. Está bien, en mi nave. Vuelve al pueblo inmediatamente y habla con el Presidente.

La tormenta ha roto la línea telefónica. Me lo ha dicho Lemont.

No discutas. Si no puedes usar el teléfono, que empleen la radio. ¡Haz lo que te digo, Phillip Swayer! No puedes hacerte una idea de

lo importante que es esto para todos vosotros... Pero diles que no venga nadie que no sea el Presidente, porque quien se acerque a más de cien metros en derredor, caerá fulminado. Ahora vete y cumple mi encargo.

No... no puedo irme. El comisario me ha quitado la llave del contacto.

Drisk, que estaba enojado, dio media vuelta y regresó al lugar en donde yacía Alee Quincy, se inclinó sobre él, lo levantó como si fuese una pluma y lo llevó a la camioneta, dejándole en tierra.

Está muerto... Se ha matado él mismo al disparar sobre mí. Sin embargo, si cumples mi encargo fielmente, le devolveré la vida. Yo puedo hacerlo.

Dicho esto, Drisk dio media vuelta y se alejó, dejando a Phillip aterrado de espanto, sin atreverse a mover ni un solo dedo. Hubo de transcurrir tres o cuatro minutos para que osara moverse, descender a tierra y agacharse junto al muerto.

Haciendo acopio de valor levantó el cadáver y lo echó en la parte trasera de la camioneta. Temblaba de frío y miedo cuando subió a la cabina, cerró la puerta y puso el motor en marcha, para regresar inmediatamente al pueblo.

* * *

El «Ford» del sheriff Winn estaba delante de su oficina. También habían algunas personas allí cuando Phillip detuvo la camioneta y saltó al suelo encharcado y corrió hacia la oficina.

La puerta estaba abierta y Phillip oyó perfectamente la voz del juez Davies que gritaba:

¡... Buscarla, «Rocky»; es usted el sheriff!

¡Aquí está Phil Swayer! —exclamó alguien.

Quisieron interceptarle el paso, pero Phillip, a empujones, se metió dentro de la oficina.

Señor Winn, ¡por el amor de Dios!

—¿Dónde está mi hija? —gritó el hombre de edad, vestido de negro y con sombrero, que había junto al sheriff, blandiendo un paraguas cerrado.

El sheriff vestía una cazadora de piel, llevaba revólver al cinto, al estilo del Oeste, y se calzaba en botas altas. Aparentaba unos

cuarenta años y era de rostro redondo y moreno, con bigote y pobladas cejas.

Él fue quien se encaró con Phillip, preguntando:

—¿Qué ocurre, Phil?

—Tenemos que llamar a Washington inmediatamente. Drisk, el uránida, tiene retenida a Jean Davies…

—¿Qué estás diciendo, muchacho?

¡Es cierto! ¡El comisario Quincy ha venido conmigo…! ¡Y está muerto!

—¿Muerto mi comisario?

La noticia dejó estupefactos a todos los presentes. Sólo el juez Davies gimió levemente, como si estuviese a punto de sufrir un desmayo…

Le he traído en la camioneta… El uránida me dio un mensaje… ¡Hay que llamar a Washington y decir al Presidente que debe venir aquí sin pérdida de tiempo!

«Rocky» Winn había perdido el día buscando un platillo volante que según un guardabosques, había descendido detrás de Rainbow Ridge. Aquella noticia no dejó de causarle impresión.

Pero cuando los leñadores entraron el cuerpo de Alee Quincy y le tendieron en el suelo, la realidad le golpeó fuertemente al rostro.

—¿Dices que le ha matado ese…? ¿Quién?

Phillip repitió, atropelladamente, todo cuanto le había ocurrido, excusándose tímidamente ante el padre de Jean.

—Yo no tuve la culpa, señor. Dije a Jean que debíamos volver antes de que se hiciera de noche. En la camioneta tengo el tocadiscos y la bolsa de la merienda. Ella se quedó con él.

Hay que ir a buscar a mi hija —gritó el juez, fuera de sí, apenas sin escuchar a Phillip.

¡No vayan! ¡Drisk les matará a todos! Ha dicho que si alguien se acerca a menos de cien metros, morirá. Sólo dejará pasar al señor Presidente, con quien desea hablar!

El Presidente no vendrá jamás a Canyon Creek —respondió el sheriff —. Si acaso, enviará a algún emisario o comisión investigadora… ¡Nosotros arreglaremos este asunto a nuestra manera! ¡Ese tipo, sea uránida o no, marciano o lunático, es un asesino!

¡Tenemos que salvar a Jean, sheriff! —gritó el juez Davies, una

vez más.

No se preocupe de su hija, señor juez. La rescataremos. Vamos, vosotros, id y avisar al ingeniero Mulligan. Decidle que necesito hombres armados. Traed un par de camiones. Iremos a Hurón Plain y veremos las caras a ese… uránida.

Un hombre entró en la oficina y se acercó a donde estaba Phillip, soltándole un tremendo golpe, sin mediar palabra, a consecuencias del cual el muchacho cayó al suelo.

¡No le pegue usted, señor Swayer! —exclamó el sheriff—. Creo que él no tiene culpa… ¡Y le necesitamos para que nos guíe!

¡Perdón, padre! —gimió el muchacho, en tierra.

Pronto se había convulsionado todo el pueblo. Más de cincuenta hombres, provistos de linternas, faroles, escopetas y rifles, se reunieron en torno a la oficina del sheriff. Todos iban cubiertos con impermeables y altas botas de goma.

Llegaron dos camiones, cargados de hombres, con hachas y escopetas, de uno de los cuales descendió un hombre alto y joven, cubierto con una canadiense clara, sombrero de fieltro y botas de cuero, forradas, que llevaba en la mano un rifle «Remington», calibre «12».

¡He traído veintiocho hombres, «Rocky»! ¿Qué bobada es esa de perseguir a un marciano?

Hola, Mulligan. Me alegro de que haya venido —contestó el sheriff—. Salimos inmediatamente hacia Hurón Plain. No sé lo que hay allí, pero una chica ha desaparecido y mi comisario ha sido asesinado.

¡Diablos, eso es serio! ¡Vamos hacia allá cuanto antes!

En pocos momentos, los dos camiones, el coche del sheriff

y la camioneta conducida por el padre de Phillip, emprendieron la marcha, entre un coro de voces de todos los expedicionarios.

Drisk había regresado al interior de su nave, donde se encontraba Jean curioseando entre los singulares aparatos, pero sin atreverse a tocar nada.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Jean cuando volvió el uránida.

Nada… Tu amigo Phillip ha vuelto con otro sujeto, quien ha intentado utilizar un arma contra mí. Les he dado una lección a ambos.

¿No les habrá hecho daño?

Uno, cuyo nombre es Quincy, ha muerto.

¡El comisario Quincy! ¿Le ha matado?

No. Se ha matado él mismo. Espero que tu amigo entienda mis palabras y las cumpla... ¡No tenía que venir aquí con nadie!

Jean quedó anonadada. Pero se repuso un tanto para decir:

Me temo que es inevitable. Phillip habrá dicho todo lo que ha visto. El solo hecho de llamar por teléfono a Washington es suficiente para conmocionar a todo el pueblo... Mucho me temo que vengan todos aquí antes de una hora.

No podrán acercarse. He conectado la barra magnética. Ni siquiera el más potente cañón podría perforarla. En el fondo, estaba seguro de que iba a ocurrir algo así, conociendo la mentalidad de tus semejantes. Pero eso es un modo de llamar la atención a las altas autoridades. Cuando se convenzan de que algo ocurre, no tendrán más remedio que avisar a Washington.

¿Y por qué me retiene aquí, contra mi voluntad, señor Drisk? ¿No piensa que mis padres estarán intranquilos?

Su intranquilidad de ahora se olvidará más tarde. Se alegrarán después de que su hija haya sido la primera terrestre en entrar en contacto con nosotros. Eso te convertirá en una mujer famosa, Jean. Acudirán altos funcionarios públicos a entrevistarte. Te asediarán los periodistas...

Jean sonrió.

Conoce usted bien nuestro mundo, a lo que parece.

Sí. Venimos visitándolo desde hace siglos. Hemos podido ser testigos de la evolución constante de vuestras ciencias. Por eso hemos montado un sistema de vigilancia constante desde hace veinte años, poco más o menos.

»Si vuestros locos gobernantes se lanzasen, de pronto, a una conflagración atómica, todas las unidades que tenemos destacadas aquí, en la Tierra, serían incapaces de contener o evitar la hecatombe. Es preciso, pues, pactar, modificar vuestras estructuras sociales y políticas y buscar medios de conciliación universales.

No le entiendo... Pero es que tampoco entiendo de política. Sólo tengo dieciséis años. Las cosas serias quedan para los hombres mayores.

—Tu ignorancia no te disculpa —pareció acusar Drisk—, Hay guerra en Asia y en África. Los hombres se matan allí sin

convencionalismos.

¡Y usted ha matado aquí a un hombre!

Se ha matado él mismo. Pero eso carece de importancia. Puedo devolverle la vida cuando quiera. Y confío en hacerlo pronto, para convencer a tus semejantes de que nuestra ciencia es muy superior a la vuestra... ¡Con este simple objeto haré que viva ese Quincy!

Drisk enseñó a Jean el extraño aparato que llevaba siempre en la mano.

¿Qué es eso?

En mi lenguaje se dice «trefgt». En el vuestro no tiene equivalencia, pero se le puede llamar «la llave del Universo». Es el instrumento más útil y práctico de cuantos ha descubierto nuestra ciencia. Un hombre, con esto, y sabiéndolo manejar, se hace prácticamente el dueño del mundo. Es luz, energía, poder; ve, oye, entiende. Mata y resucita, duerme, despierta, aniquila voluntades, abate muros, abre puertas...

Jean abrió mucho los ojos al escuchar aquellas palabras, mirando el objeto al que Drisk había llamado «trefgt» y cuyo aspecto era extrañamente singular, con sus círculos de alambre dorado, su rejilla, su placa, su pequeño depósito. Parecía imposible que aparato tan insignificante pudiera ser tan útil.

—¿Cómo es su rostro, Drisk? —preguntó Jean, de pronto, dejándose dominar por su innata curiosidad femenina.

—¿Mi rostro...? No tengo rostro.

—¿No?

No.

—¿Cómo es, entonces?

Desde luego, muy diferente a ti. Por ese motivo me envuelvo en este atuendo, a modo de traje. No es conveniente que me veas. Podría parecerte horrible. Así, vestido, parezco un astronauta como los que pretenden alcanzar la Luna, y no causo repulsión.

—¿Tan horrible es usted?

No, en realidad, no soy horrible. Entre nosotros nos consideramos más perfectos que vosotros. Ocurre, empero, que somos distintos... ¡Algo está ocurriendo!

Drisk dio media vuelta y se acercó a una especie de microscopio horizontal que tenía sobre la mesa circular. Presionó algunos mandos y, en una pantalla semejante a las de televisión, surgió una

imagen en colores que, primero osciló, y luego presentó a varios hombres, iluminados por varias lámparas eléctricas.

Jean se puso en pie y se acercó a ver lo que era aquello. Los hombres eran seres humanos y parecían ser actores de una filmación... Pero Jean reconoció a su propio padre, al sheriff «Rocky» Winn y a Phillip Swayer. Este último parecía muy asustado.

Gesticulaban todos con gran vehemencia, pero no se escuchaban sus voces.

¿Cómo puede ver lo que está ocurriendo en la oficina del sheriff? —preguntó Jean, atónita.

Ya lo estás viendo. Capto la imagen del lugar que me interesa... Y, si amplifico sus voces, puedo oírlas igual que veo sus figuras. Ahora verás.

«—¡Señor Winn, por el amor de Dios! —estaba diciendo Phillip.

«—¿Dónde está mi hija? —preguntó el juez Davies.

¡Parece imposible! ¿Puede usted ver lo que ocurre en todo el mundo?

Sí, naturalmente... Puedo ver el pasado y el futuro, realizando tres inmersiones de tiempo. Es muy sencillo... ¡Y hasta sé lo que ocurrirá mañana en este lugar!

CAPÍTULO IV

EL choque del «Ford» conducido por «Rocky» Winn contra la barrera magnética fue lo suficiente fuerte para que Phillip Swayer, que viajaba junto al sheriff, se diera un porrazo en la frente contra el parabrisas.

«Rocky» recibió sólo un golpe en el pecho, con el volante, y soltó una mayúscula interjección, para añadir:

¡ Demonios! ¿Contra qué hemos tropezado?

Los camiones y la camioneta de Seth Swayer se detuvieron detrás del «Ford», sobre el enfangado terreno.

Los faros del coche alumbraban el camino. Aquello era el lugar conocido como Hurón Plain. No había ningún obstáculo a la vista, ¡pero el coche se había estrellado, al parecer, contra un muro metálico!

«Rocky» Winn abrió la portezuela y salió, con una potente

linterna eléctrica en la mano. Avanzó hacia la parte delantera del coche, para ver si había alguna piedra, y su cuerpo tropezó con un muro invisible.

Retrocedió, como si hubiese visto un horrendo fantasma.

No…, no. No hay nada —balbuceó.

—¿Qué ocurre, sheriff? —preguntó el ingeniero de montes, Mulligan, saltando del camión y acercándose. Por su parte, Phillip Swayer también salió del «Ford», algo aturdido, frotándose la frente y diciendo:

Drisk dijo que no podríamos acercarnos a más de cien metros o caeríamos fulminados.

Con cuidado, Mulligan —habló el sheriff—. Intente ir hacia ahí.

El ingeniero miró sospechosamente al sheriff y luego, con el «Remington» en la mano, avanzó… Hasta tropezar con el obstáculo invisible. Allí se detuvo, golpeando el muro magnético con el cañón del arma. Luego se volvió, blanco como la cera.

No es cristal, sheriff —musitó, retrocediendo.

—¿Qué es?

No lo sé… Pero no es cristal. ¿No me entiende usted? ¡No es cristal! —casi gritando, Mulligan apuntó con el rifle al muro y empezó a disparar furiosamente, sin dejar de retroceder.

—¿Qué hace usted, Mulligan? —preguntó el sheriff.

¡Mire! ¡Vea eso, «Rocky»!

A la luz de la potente lámpara del sheriff, vieron caer al suelo las balas blindadas. El sheriff se inclinó y recogió una. Estaba caliente y materialmente aplastada, como si hubiese pegado contra un bloque de acero.

Los dos hombres se miraron. También se acercaron los leñadores, el padre de Phillip y los otros hombres del pueblo. Todos comprendieron que allí estaba ocurriendo algo sobrenatural, inexplicable.

Se hizo un ominoso silencio, que fue interrumpido por la voz del juez Davies, hablando en tono histérico:

—¿Y mi hija? ¿Dónde está mi hija?

Todos los rostros se volvieron hacia él.

Sin embargo, fue Phillip Swayer el único que habló:

Le dije la verdad. Jean está con el uránida… Sólo él ha podido hacer esto. Es mejor que volvamos al pueblo y llamemos a

Washington. Eso es lo que me dijo, asegurándome que a Jean no le pasaría nada.

Algunos leñadores, mientras Phillip hablaba, estaban tentando el muro invisible con las manos, recorriéndolo, a derecha e izquierda, por si encontraban su final. No fueron muy lejos. Volvieron todos al grupo y uno dijo:

Esto no me gusta, sheriff. Creo que aquí no tenemos nada que hacer.

«Rocky» empezaba a creer algo parecido. Estaba terriblemente asustado.

Creo que es mejor marcharse y avisar a la capital — habló el sheriff—. Este asunto no es de nuestras competencia.

¡No! —intervino Phillip de nuevo — . Hemos de avisar al Presidente. Eso es lo que Drisk quiere.

—¿Tú has visto a ese individuo, Phillip Swayer? —preguntó el ingeniero Mulligan —. ¿Cómo es?

Parece un robot. No se le ve el rostro. Porque lo oculta el casco. Y quiere a toda costa que el Presidente de los Estados Unidos venga en avión a verle.

Mulligan se volvió al sheriff y le tomó del brazo, llevándole a cierta distancia, donde cuchichearon entre sí durante unos minutos, para luego asentir el sheriff y regresar a donde estaba el grupo.

Nos volvemos al pueblo —ordenó el sheriff—. Avisaremos a la capital y que se encargue el ejército de este asunto.

—¿Y mi hija? —preguntó excitadamente el juez Davies.

No podemos hacer nada, señor juez. Lo siento. Ya ve usted cómo están las cosas. Es mejor marcharse cuanto antes. Avisaremos al gobierno y que ellos decidan. Nosotros no podemos resolver nada.

Phillip comprendió que el sheriff tenía razón. Era así y no podía ser de otra manera. El uránida sólo vería al Presidente en última instancia.

Al día siguiente, el sol pareció disipar y convertir en irreal la terrible pesadilla de la víspera. La gente apenas había dormido en Canyon Creek, y en la oficina del sheriff, de la que se retiró el cadáver de Alee Quincy, había una gran concurrencia, tanto en el interior como en el porche.

Sentado en una silla, abrumado, estaba Phillip Swayer. Su padre se encontraba junto a él, como otro hermano, mayor que Phillip y

llamado Fred, que había venido de la granja.

Es evidente que nos encontramos ante un caso sobrenatural —estaba diciendo Mulligan —. El gobierno está enterado ya y no creo que tarden en venir refuerzos de policía de Richmond y de otros pueblos. Pero, ¿qué va a ocurrir?

No quiero pensarlo —masculló el sheriff Winn, entre dientes—. Intervendrá el gobierno y quedaremos aislados del resto del mundo... Eso si no nos ordenan evacuar la región, que sería lo más probable. Ya creo estar viendo los tanques del ejército invadiéndolo todo.

¡Y no solucionarán nada! —exclamó Phillip, apenado — , Drisk me dijo que sólo hablaría con el Presidente, para quien tenía un mensaje.

¿Y mi hija? —preguntó el juez Davies.

—¿Por qué no me dejan que vaya a ver a Drisk? — preguntó a su vez Phillip.

Todos se volvieron a mirar al joven.

Y ¿qué puedes hacer tú?

Yo soy bueno... Bueno, yo vi a Drisk. El me envió. Puedo decirle que he cumplido su encargo y que el Presidente está avisado. Supongo que nos devolverá a Jean.

¡Sí! —gritó el juez.

¡No! —vociferó el padre de Phillip.

Por favor, cállense todos —intervino el sheriff—. Desde luego, Phillip, no está desencaminado en lo que dice. Le dieron un encargo y lo ha cumplido. Ahora que ese uránida devuelva a Jean. Me parece lógico.

¿Y si le ocurre algo a mi hijo? —quiso saber Seth Swayer, en tono patético.

No me ocurrió nada ayer, papá —se defendió el muchacho, valientemente.

¡Pero le ocurrió a Quincy! Y su muerte es significativa —comentó el sheriff—. Recibió un balazo, al parecer, con su propio revólver. Pero el arma no se ha encontrado. Debe de estar detrás de aquel muro invisible.

En aquel instante, se oyó el motor de un coche en el exterior, seguido de ciertos comentarios de la gente que, esperaba fuera. «Rocky» Winn se levantó y fue hacia la ventana, diciendo:

—Ahí está el «Marshall» Gantry y sus ayudantes. No han perdido el tiempo.

Efectivamente, cuatro hombres armados con rifles y pistolas penetraron al poco en la oficina. Todos lucían insignias al pecho y se cubrían con sombreros «stetson».

El jefe del grupo estrechó la mano de «Rocky» Winn y entró inmediatamente en materia.

Bien, ¿qué ocurre, exactamente? ¿Qué historia es ésa de un platillo volante?

Fue Phillip quien le informó amplia y detalladamente de todo, sin omitir la extraña muerte del comisario.

El «Marshall» se rascó la cabeza, luego dijo:

Iremos allá ahora mismo.

Sí. De día veremos las cosas de otra manera —respondió Winn — , Este joven vendrá con nosotros. El uránida habló con él. Creo que Phillip puede ser un buen pretexto para acercarse a aquel lugar.

Pero tendría que hacerlo yo solo —declaró Phillip—, Podría decirle que he cumplido su encargo y que me devuelva a Jean.

¡Sí, por favor, Phillip! —suplicó el juez Davies, alentando al muchacho.

Bueno, ya veremos —dijo el «Marshall» — . De momento, vamos para allá. ¿Está muy lejos ese lugar?

No. A diez minutos.

Salieron de la oficina y Gantry dijo a sus hombres:

Id vosotros con el coche. Yo acompañaré al sheriff Winn.

Los dos coches oficiales tomaron el camino de Hurón Plain. Todo el terreno estaba húmedo y encharcado, pero los automóviles se deslizaron a buena marcha, no tardando en llegar a las proximidades del lugar en donde se habían detenido la víspera.

El sol brillaba entre los árboles y todo parecía mansamente quieto.

«Rocky» Winn detuvo el coche y lo mismo hicieron los ayudantes del «Marshall» Gantry, descendiendo todos.

—¿Dónde está ese muro? —preguntó el «Marshall» mirando en derredor y empuñando su pistola.

Por ahí.

Avanzaron todos y, en efecto, el invisible obstáculo les cerró el paso... ¡A todos menos a Phillip, que continuó avanzando como un

autómata y alejándose del grupo, en dirección a los árboles!

—¿Eh, qué...?

¡Phillip! ¿Dónde vas? ¡Detente!

El muchacho no parecía oírles. Caminaba despacio, como un sonámbulo, sin escuchar las voces de los agentes de la autoridad, quienes intentaron seguirle por el mismo lugar que él había cruzado el muro, sin éxito.

¡Inaudito! —exclamó el «Marshall» Gantry, empezando a sentir el miedo supersticioso a lo sobrenatural — . ¡Si no lo veo, no lo creo! ¿Qué ocurre aquí?

Pudieron ver, como petrificados, que Phillip desaparecía entre los árboles. Uno de los ayudantes de Gantry dijo:

Allá se ve relucir algo, «Marshall».

Mientras tanto, obedeciendo la llamada hipnótica de Drisk, Phillip desapareció entre los árboles, para acercarse al lugar en donde estaba el platillo volante, al que veía por vez primera. También vio a dos figuras junto a la escalerilla metálica: una era Drisk y la otra Jean.

La muchacha gritó:

¡Phillip!

El joven pareció despertar entonces y replicó, fuertemente:

¡Jean! ¿Estás bien?

Ambos jóvenes corrieron uno al encuentro del otro y se abrazaron.

—Tu padre está muy intranquilo por ti... Hay un jaleo en el pueblo que no sé en qué terminará.

Buenos días, Phillip Swayer —intervino Drisk—. Ya sé que has cumplido mi encargo y el Presidente no vendrá. En Washington no han creído el mensaje que les habéis enviado. Por eso he decidido cambiar de planes.

¡Drisk irá con nosotros a Canyon Creek! —intervino Jean, llena de alborozo.

¡No! —exclamó Phillip — , Hemos sabido que acudirá el ejército.

Precisamente. Yo también lo sé —contestó Drisk — . Y Jean ha podido ver en mi pantalla de inmersión futura cómo se dan las órdenes para efectuar un reconocimiento aéreo de esta zona. Pronto llegarán helicópteros militares. Prefiero ir al pueblo. Es necesario

que me escuchen en todo el país, para que me crean. No quiero que los gobernantes silencien más tiempo nuestra existencia, con el fútil pretexto de evitar el pánico. Puedo convencer a las gentes de que no he venido aquí a causar daño a nadie.

En el pueblo le acusan de haber matado a Alee Quincy — dijo Phillip, mirando hacia la extraña astronave plateada, situada a pocos pasos, y viendo que empezaba a hacerse transparente — . ¿Qué ocurre... con eso?

No te inquietes, Phillip —contestó Drisk—, La hago invisible a los demás. No quiero que la descubra nadie. No ha desaparecido. Está ahí, pero vuestros ojos no pueden verla.

En efecto, la astronave desapareció en pocos segundos y en su lugar sólo se veían los árboles abatidos, las ramas aplastadas y el terreno ligeramente hundido.

Ahora vamos a ver a esos hombres que han venido contigo — añadió Drisk — . Hablaré con ellos y les demostraré que no he matado a nadie.

Jean se situó a la derecha de Drisk y Phillip a su izquierda. Así, retrocedieron hacia los árboles, para regresar a donde estaban los dos coches de las autoridades.

—Anoche había un muro invisible que nos impidió acercarnos —comentó Phillip, con curiosidad.

Lo coloqué yo. Es una barrera magnética que se establece en torno a mi voluntad. Con mi «tregft» te he dejado pasar a ti únicamente. Pero ahora la quitaré para franquear todos el obstáculo.

—¿Te ha ocurrido algo, Jean? —preguntó Phillip.

¡Oh, no! He estado en el interior de su nave. Es maravillosa Phil. He visto cosas asombrosas. Incluso pude verte a ti y a todos los otros. El señor Drisk ha sido muy amable conmigo.

Salieron de entre los árboles y vieron al «Marshall» Gantry, y al sheriff Winn, subidos ambos sobre el techo de un coche, como intentando alcanzar una tapia, con las manos extendidas.

Son ingenuos esos hombres —dijo Drisk.

Uno de los ayudantes de Gantry vio a los dos jóvenes y a Drisk y emitió un grito agudo, alzando inmediatamente su rifle. Winn también vio a los aparecidos y saltó rápidamente al suelo. Gantry no se movió del techo del vehículo, quedando como petrificado.

Luego, a un gesto de Drisk, todos pudieron ver cómo Gantry se alzaba lentamente al aire para descender con suavidad y quedar de pie en tierra, del mismo modo que si una mano gigante le hubiese transportado con delicadeza.

Allí quedaron todos, bizqueando y sin ánimos para despegar los labios, hasta que Drisk y los dos jóvenes estuvieron frente a ellos, a escasa distancia.

Les ruego que guarden sus armas. Va ocurrió anoche un accidente y no es agradable que se repita —habló Drisk, extendiendo la mano derecha y haciendo funcionar el «tregft».

¡Al instante, todas las armas de los funcionarios parecieron fundirse, con un chasquido y una débil columna de humo, que pronto se evaporó!

— ¿Quién es us… usted? —osó preguntar «Rocky» Winn.

—Vamos, sheriff; no sea necio. Ya sabe quién soy. Phillip Swayer les ha hablado de mí. Soy Drisk y vengo de Urano, como lo llaman los científicos terrestres. Nosotros le llamamos «Seederg». Necesito hablar con el Presidente de este país y conseguir ayuda de la ciencia terrestre para rehacer mi pila de «Inxg».

»Debido al accidente sufrido, mis superiores me han ordenado establecer contacto con ustedes, y de ahí que haya utilizado a estos jóvenes para cumplir mi misión. Ahora les acompañaré al pueblo y devolveré la vida al comisario Quincy. No deseo causar daño a nadie. ¿Quieren llevarme en sus automóviles?

Ninguno de los agentes de la autoridad logró articular palabra. No podían.

CAPÍTULO V

Alec Quincy era un cadáver. Lo había certificado el médico del pueblo, doctor Krafft. Además, no era necesario ser médico para darse cuenta de ello.

Tenía el corazón atravesado por una bala de plomo y sobre su pecho había sangre reseca.

Estaba muerto, sin duda.

Sin embargo, provisto siempre de su «tregft», Drisk penetró en la habitación que «Boy» Green, el carpintero de Canyon Creek,

utilizaba como almacén de féretros, y cuando salió de allí, a los pocos minutos, ¡el muerto había recobrado la vida!

Alee Quincy salió detrás del uránida, caminando despacio.

En la puerta de la carpintería se había reunido todo el pueblo. El clamor general, al presenciar la resurrección de Quincy fue inexpresable. Todos miraron al uránida como si fuese un dios o algo parecido.

— Aquí le tienen. El puede decirles lo que ocurrió.

La gente retrocedió supersticiosamente, excepto el «Marshall» Gantry y el sheriff Winn. Este se acercó a Quincy y le preguntó:

—¿Cómo te encuentras, Alee?

¡Demonios, jefe! ¿Qué me ha sucedido? —retrucó Quincy—. ¿Qué hacía ahí dentro?

—Te tomaron por muerto, Alee. Lo siento.

—¿Muerto...? No es posible... No sé lo que me pasó anoche... Lo recuerdo perfectamente... ¡Este tipo disparó contra mí!

No, Quincy —intervino Drisk—, Fuiste tú quien disparó contra mí. Yo hice que la bala se volviera contra ti. Creo que tuve mala suerte.

Quincy miró de modo extraño a la figura del uránida.

Siento una punzada en el pecho... ¿No estoy muerto?

No. Te he extraído la bala, he cicatrizado tu corazón y he devuelto el funcionamiento a tu cerebro. No debes extrañarte. Nosotros poseemos un gran dominio sobre la vida y la muerte. En realidad, la muerte no existe entre nosotros y lo mismo ocurrirá dentro de poco entre vosotros, cuando nuestros científicos os enseñen el modo de evitar las enfermedades. No tienen que temer nada de mí. He venido como amigo y mi propósito es ayudarles a todos.

Estas palabras, que todos pudieron oír perfectamente, sirvieron para alarmar aún más a las sencillas gentes de Canyon Creek.

Les parecía que la irrealidad de Drisk obedecía a motivos que no podían comprender, pero se negaban a admitir que se tratase de un hombre o ser extraterrestre, capaz de embaucarles a todos.

Fue el ingeniero Mulligan quien habló, gritando:

—¿Y cómo sabemos que todo esto no es una superchería?

—Tú no eres muy crédulo, Mulligan —le contestó Drisk—, Crees en el engaño, pese a lo que has visto. ¿No habéis oído hablar de

nosotros? Me consta que vuestra prensa ha informado de nuestras apariciones. Os puedo decir que en muchas ocasiones, agentes nuestros, con aspecto humano, han convivido con vuestros semejantes en muchos lugares.

Yo podría haberme provisto de un aspecto similar al vuestro, para causaros menos impresión.

»No estaba preparado. No tenéis más remedio que reconocer que procedo de otro planeta, cuya ciencia está más adelantada que la vuestra. Jean Davies os lo puede decir. Ella ha visto mi nave por dentro.

Yo no tengo duda de ninguna clase, señor Drisk —habló el sheriff Winn — , Pero...

Sé lo que vas a decirme, sheriff. Los demás no piensan como tú.

Sí, eso es.

No importa. Ahí tenemos ya el ejército —dijo Drisk, señalando a la carretera, por donde se veían avanzar varios camiones militares —. Es mejor que vayamos a tu oficina, Winn. Di a la gente que se retire. Al coronel Granger no le hará gracia verme en cordial camaradería con vosotros.

* * *

El coronel Granger, como se llamaba el jefe de la fuerza militar enviada desde Fort Hurón, saltó del jeep en el que venía, y avanzó, seguido de cuatro oficiales, hacia la oficina del sheriff. La tropa, obedeciendo órdenes, permaneció en sus camiones, para continuar su viaje hacia el lugar donde suponían al ser extraterrestre.

Pero la sorpresa del coronel fue grande al penetrar en la oficina y encontrarse allí a un ser extraño, sentado en una silla.

—¿Eh...? ¿Qué significa esto?

El sheriff Winn se apresuró a decir:

— Hemos llegado a un arreglo con Drisk, señor. Estábamos esperándole. Permítame presentarle a un ser de otro mundo, coronel.

El coronel Granger estudió detenidamente a Drisk y sacudió la cabeza.

—¿Quién es usted? ¡Quítese ese casco para que podamos verle el rostro!

Lo siento, coronel. No puedo —replicó Drisk, sin moverse de su asiento.

¡Yo puedo obligarle! —insistió el militar.

Usted no puede nada contra mí… Ni usted, ni toda su tropa. Sin embargo, estamos llegando a un pacífico arreglo. Por encima de usted hay otras jerarquías. Y esas son las que yo espero.

—Tengo órdenes de arrestarle y conducirle a Fort Hurón, para ser interrogado, por un consejo militar —replicó Granger, volviéndose a sus oficiales—. Arresten a ese individuo y llévenle al camión número seis.

Los cuatro oficiales no se movieron.

—¿No me oyen? ¡Hagan lo que les he dicho!

Nadie contestó ni se movió. Los cuatro oficiales estaban en las mismas posturas que habían mantenido desde el principio, aunque ahora parecían algo más rígidos.

No se moleste usted, coronel Granger —respondió Drisk—. No le obedecerán. He dominado sus voluntades. Le oyen, pero no pueden hacerle caso. Mi propósito es entrevistarme únicamente con el Presidente de esta nación. Ya puede usted volverse y anunciar a sus superiores que nadie puede nada contra mí.

¡Es intolerable! ¡No sé quién es usted, ni lo que se propone, pero esto le costará caro, señor mío!

Drisk se puso en pie y se acercó al coronel Granger.

Oiga, caballero. Usted no parece darse cuenta de la realidad. Yo no soy como ustedes. Soy un uránida. Mi poder técnico es muy superior al de todos ustedes. Si yo tuviese intención de causarle daño, ya lo habría hecho. No tengo que mover ni un dedo, siquiera. Me basta con formular un deseo, y mis pensamientos obran por mí. Quiero una entrevista con el Presidente, y por eso estoy aquí.

El Presidente no descenderá a venir a verle a usted — casi gritó Granger.

Hará muy mal. Yo podía dirigirme a otro Presidente… Al francés, o soviético, por ejemplo. Una entrevista con cualquiera de ellos antes que con el Presidente de ustedes, sería ruinosa para el país. Pero no lo haré. Deseo proponerles un intercambio científico para solucionar muchos males que aquejan a este planeta. Si acceden ustedes a nuestra proposición, les garantizamos inmediatamente el fin de todas las enfermedades, de todas las

discordias, de todos los males. Se acabarán las guerras en La Tierra. La humanidad no padecerá hambre y se vivirá diez veces más de lo que se vive ahora, para luego conseguir la inmortalidad de todo ser viviente.

El coronel Granger quedó atónito al escuchar aquellas palabras. Sólo pudo balbucir:

Imposible. Eso no puede ser.

Ha devuelto a la vida a este hombre —intervino el «Marshall» Gantry—, Todos nosotros lo hemos visto.

El «Marshall» señaló hacia el comisario Quincy, que estaba callado en un rincón. El militar miró al aludido y luego se volvió a Drisk.

¿De dónde viene usted?

De «Seederg», un mundo al que ustedes llaman Urano. Hace siglos que venimos visitando La Tierra y ahora nos preocupa bastante todo lo que ustedes realizan para conquistar el espacio. No queremos conquistar a nadie, ni imponerte nuestras leyes y costumbres. Deseamos respetar sus instituciones sociales y sus asociaciones, que son la raíz de su progreso. Sin embargo, habrán de aceptar importantes cambios en sus costumbres, a fin de favorecer su desarrollo.

Granger repuso quietamente:

Yo no puedo aceptar nada de lo que usted proponga. Mi deber es llevarle a Fort Hurón y encerrarle allí, a buen recaudo, hasta que decidan nuestras autoridades.

¡Lo siento, coronel! —intervino el «Marshall» Gantry—. Este hombre nos pertenece a nosotros...

¡Y no permitiremos que salga de Canyon Creek! —terminó el sheriff Winn, en tono casi desafiante.

¡Represento la autoridad militar! ¡Se trata de un caso de seguridad especial, relacionado con la defensa del país!

De eso no hay nada concreto aún, coronel! —insistió Winn, obstinadamente—. Aquí no hacemos más que hablar, y no decidir nada. Si este individuo es culpable de algo, eso lo ha de decidir nuestras leyes civiles. Hemos pensado hacerle un proceso legal, al que pueden asistir ustedes y el gobierno, si lo desean. No se le acusa al señor Drisk nada más que de penetrar ilegalmente en el territorio.

¡Nos dijeron ustedes que había raptado a una chica! .—exclamó Granger.

Esa joven está ya con sus padres y servirá de testigo en el proceso.

Ustedes se proponen proteger a este individuo y eso puede significar un terrible peligro para toda la nación — continuó diciendo el coronel.

El tribunal lo decidirá, coronel.

* * *

Steh Swayer se había llevado a su hijo a la granja. El joven estaba muerto de sueño y necesitaba descansar. Durante el regreso a su casa, el viejo granjero había pedido perdón a su hijo por el golpe que le propinó, diciendo:

Estaba furioso, Phil. Creí que todo había sido cosa de chicos y chicas. Ahora lo siento.

No tienes que disculparte, papá. Me sucedió a mí, como podía haberle ocurrido a cualquiera. Mi temor era por Jean, pero ahora que está bien, en casa de sus padres, ya no siento ningún miedo. Sé que todo esto terminará bien. El señor Drisk es un buen individuo.

Al llegar a la granja, la señora Swayer abrazó profundamente a su hijo y luego le hizo tomar un gran vaso de leche.

—Te acostarás, Phillip. Tienes que dormir. Has sufrido demasiadas emociones esta noche.

Y eso fue lo que hizo Phillip: acostarse. Su madre y su padre cerraron bien la puerta y la ventana, para que el joven pudiera descansar en la oscuridad.

Efectivamente, Phillip se durmió casi inmediatamente.

Luego, sin que pudiera precisar cuánto tiempo llevaba durmiendo, el joven creyó tener un sueño. Se imaginó que alguien le llamaba en la oscuridad de su alcoba.

»—Phil, por favor; despierta y escúchame.

Se movió, abrió los ojos y miró en derredor, levantando la cabeza. No vio a nadie. Sin embargo, la voz estaba allí, susurrando en sus oídos:

«—Atiende, Phil. Necesito que me hagas un señalado favor.

«—¿Quién me habla?

«—Soy yo, Drisk, el uránida. Tú estás dormido pero tu mente se encuentra despierta. Yo sé que eres un joven valiente y puedes ayudarme. Quiero que cuando te levantes, sin decir nada a nadie, vayas al lugar donde está mi nave.

«Nadie puede verla, porque se ha hecho transparente. Pero está allí. Deseo que te acerques y la toques. Encontrarás una escotilla abierta, de la que surge una escalera. Quiero que subas a la cabina de comunicación y pienses desear entrar en el interior.

«Tu solo deseo será suficiente para que se cierre el suelo y se abra la compuerta que comunica con el interior. Entonces, entra. Allí estará Jean esperándote.

«Ella me vio manejar la pantalla de inversión del tiempo. Sabe lo que debe hacer. Quiero que averigüéis lo que sucederá en el proceso. Están interviniendo fuerzas incontroladas... Es muy importante que hagas lo que te digo, Phil.

«En la pantalla verás lo que va a ocurrir en los días que se avecinan. Yo no puedo averiguar lo relacionado conmigo, porque me está prohibido terminantemente. Pero tú puedes hacerlo.

»Te explicaré detenidamente cómo debes manejar el inversor del tiempo. Presta mucha atención. Hay seis pulsadores y tres palancas. Son bolas redondas, sujetas al tablero. Están situadas en fila, debajo de cada palanca. La del centro es para ver el presente. La de la izquierda nos muestra el pasado, y la de la derecha nos muestra el futuro. Debes empujar la palanca de la derecha hacia arriba y luego girar las bolas que están inmediatamente debajo de dicha palanca. Entonces fíjate en la pantalla. Si has adelantado mucho el primer pulsador, puedes retroceder con el pulsador inferior. Verás una serie de líneas blancas en el borde superior de la pantalla. Cada línea corresponde a uno de vuestros días terrestres, y representa un avance en el tiempo de veinticuatro horas.

»Moverás entonces el disco central hasta encontrar la imagen que corresponde a mi persona. Podrás verme fácilmente con sólo pensar que deseas localizarme. El disco central irá registrando los radios de visión, hasta dar conmigo. No sé dónde estaré, pero creo que me hallarás en algún lugar del pueblo. Cuando me localices, no debes dejarme. Bloquea el disco central y mueve los pulsadores. Los días irán pasando en la pantalla y me verás constantemente. Deseo que te enteres de lo que va a sucederme en los próximos días. ¿Me

has comprendido, Phillip?

»— Sí, creo que sí.

»—De todas formas, a Jean Davies le he dado las mismas instrucciones que a ti. Y ella ha visto cómo funciona el inversor de tiempo. Una vez que te hayas enterado, me localizarás invirtiendo el tiempo y pasando el presente. Así sabrás dónde me encuentro en ese, momento. Y vendrás a decirme lo que has visto en la pantalla.

»—¿Para qué servirá?

»—No te lo puedo decir, Phillip. Lo siento. Pero si haces tal y como te he dicho, harás un gran favor a la humanidad, y te lo harás a ti mismo. Créeme. Tú sabes que yo no he venido aquí a causaros ningún daño. Sin embargo, he sido un poco despreocupado. No debí alejarme de mi nave y eso puede costarme muy caro.

«Presiento que hay fuerzas que intentan destruirme. No deseo que eso ocurra. En «Seederg» sentaría muy mal si me causan daño. Puede que no os perdonasen nunca y el castigo sería terrible para este país. Hay que evitar que corra algo irremediable.

«Hasta ahora estoy dominando la situación. Pero sé que se delibera acerca de la situación creada por mi llegada. En las altas esferas del gobierno, hay individuos que quieren mi aniquilamiento. Hay personas que se benefician de la ignorancia de los demás. Y harán lo imposible por desacreditarme.

«Hay terrestres capaces de pensar más aprisa de lo que nosotros somos capaces de captar, quedándonos, con frecuencia, un tanto desconcertados ante lo que parece como una inconexión de ideas. No espero que me entiendas, sino que me comprendas bien y hagas lo que te he dicho. Por favor, Phillip, no me abandones ahora. El beneficio de tu ayuda será para ti.

* * *

Phillip despertó al mediodía. Abrió la ventana, se vistió y luego se deslizó subrepticiamente hacia la cuadra, donde se hallaban los caballos de labranza.

Oyó a su madre gritar algo a su hermano Fred, mientras ensillaba la yegua con celeridad, para luego asomar la cabeza por la puerta y mirar a derecha e izquierda, sin ver a nadie. Entonces, llevando la yegua de la rienda, salió y se alejó hacia el granero,

para impedir que le viesen desde la casa.

Una vez allí, montó a la silla y se dirigió hacia la vaguada, donde corría un arroyo terroso, a consecuencia de la lluvia caída la noche anterior. Después emprendió un raudo galope hacia los bosques, para salir poco después de la vaguada y tomar un atajo, en dirección a Hurón Plain.

Se detuvo en lo alto de un cerro, para ver las evoluciones de varios helicópteros que volaban sobre la zona de Hurón Plain. Y poco después, entre los árboles, vio contingentes de tropas en camiones. Esquivó a los soldados, efectuando un rodeo, pero cuando se acercaba a Hurón Plain descubrió los carros blindados que ocupaban el camino.

Se asombró al descubrir tanta tropa. Como mínimo había llegado un regimiento acorazado, previsto de artillería ligera, cuyas baterías descubrió Phillip en las proximidades de su objetivo.

¡Dios mío! ¿Cómo atravieso esa barrera y llego hasta donde se encuentra la nave? ¿Qué ha sucedido aquí?

Phillip sabía que Drisk le había dado una orden. Era preciso cumplirla por encima de todo, o algo terrible iba a ocurrir. Ató la yegua a un árbol y se arrastró entre los matorrales.

Cerca de él una patrulla militar pasó rápidamente, empuñando sus armas automáticas. Phillip oyó decir al oficial que la mandaba:

Hay que cubrir todos los puntos en torno al sector marcado. ¡Y disparar contra quien intente acercarse. ¿Me habéis comprendido?

Sí, teniente —respondió alguien, nasalmente.

Phillip comprendió que era preciso retroceder. Y, sin embargo, se resistió a hacerlo. Tenía que llegar a la nave... Drisk se lo había pedido, y por el bien de todos, tenía que obedecer.

Por esto se obstinó en seguir adelante. La nave había desaparecido y sólo él sabía el lugar exacto donde se encontraba. Quizá tuviese suerte...

CAPÍTULO VI

DESDE la ventana de su oficina, el sheriff Winn contempló el lujoso automóvil azul eléctrico, con matrícula de San Francisco, que se detuvo ante el almacén de Conway.

Se volvió a Quincy y dijo:

El ejército, el gobierno y los curiosos. Era inevitable… ¿Quiénes serán esos?

—Apuesto a que son agentes del F.B.I., o de la C.l.A. — farfulló Quincy.

A unos cincuenta metros, rodeando totalmente el edificio de la oficina del sheriff se encontraba la más impresionante barrera de soldados que se había visto jamás en Canyon Creek.

—Y vendrán más —añadió «Rocky» Winn.

Estaba pensando si no serán agentes extranjeros —comentó Quincy, mirando a su jefe.

Allá ellos. Nosotros vigilaremos a Drisk… ¡Es nuestro y no se lo entregaremos a nadie! —diciendo esto, Winn dio media vuelta y fue hacia la puerta que había al fondo.

Llamó con los nudillos.

—¿Quién es? —preguntó una voz ruda.

Yo. Abre, Henry.

Henry Colé, el repartidor de Conway, abrió la puerta. En el pasillo, delante de las dos celdas con rejas de hierro, había cuatro hombres más, todos armados. Eran leñadores y hombres del pueblo.

«Rocky» Winn entró en el pasillo y Henry Colé se apresuró a cerrar la puerta por dentro, echando un pestillo.

En una de las celdas, sentado en una litera, hablando con el juez Davies, estaba Drisk, con su extraño atuendo plateado. La puerta estaba cerrada.

El juez se sentaba detrás de una pequeña mesa y escribía a pluma sobre unas cuartillas de papel. Dejó de hacerlo, al acercarse el sheriff.

El pueblo está muy animado —dijo «Rocky» Winn — , Están llegando coches y gente. Tengo la impresión de que, sin haber aparecido la noticia en la prensa, ya está enterado todo el mundo.

Son ustedes una gente extraña —dijo Drisk, volviendo su escafandra hacia el sheriff, como si le estuviese mirando a través de las rendijas de su máscara metálica — , ¿Por qué tanto alboroto? ¿No se están ustedes exponiendo?

Hemos hecho un trato, señor Drisk, ¿no es así? —quiso aclarar el sheriff—. ¡Pues hasta que no venga el Presidente, usted permanecerá aquí! Tenemos nuestros derechos.

Nada, nada —terció el juez — . La Ley es la Ley. Yo me amparo en el código y ni el Tribunal Supremo puede desautorizarme. Soy el encargado de juzgar este caso y tengo motivos legales para acusarle a usted de rapto. ¿No fue esto lo acordado?

Winn fue a replicar, pero en aquel instante se oyó fuera el timbre del teléfono. Se dirigió a la puerta, oyendo la voz de Alee Quincy que contestaba:

— Aquí la oficina del sheriff de Canyon Creek. Sí. ¿El Pentágono? Un instante, mi general. Enseguida se pone.

Winn hizo un gesto a Henry Colé, indicándole que abriese la puerta.

Ahora es el Pentágono, señor Drisk. Confío en que antes de terminar el día nos llame el propio Presidente.

Salió el sheriff en el instante en que el «Marshall» Gantry y el mayor llamaban a la puerta de cristales.

Ábreles, Alee.

Le llama el general Ellison, del Alto Estado Mayor Central —habló Quincy, trémulo.

Winn, sin inmutarse, tomó el auricular y dijo:

Aquí el sheriff Winn. Dígame, general... Sí, naturalmente. No, eso no puede ser. Rapto, señor... A usted le pueden parecer zarandajas, señor, pero la Ley ha de ser respetada... El detenido se niega a hablar con nadie que no sea el propio Presidente... Sí... Le entiendo perfectamente, pero no está en mi poder hacer eso. No le aconsejo que lo haga, general. Piense en la prensa. Bueno.

Este es el mayor Brewster, sheriff —habló el «Marshall» Gantry.

Oiga, sheriff; tengo órdenes de llevarme al uránida.

Winn sacudió negativamente la cabeza.

Lo siento. Se lo acabo de decir así al general Ellison, y lo mismo le digo a usted.

¡Mis órdenes son de asaltar esta oficina con mis tropas y trasladar a ese individuo! ¡No intente oponerse, sheriff!

¡Me opondré con toda mi fuerza! —declaró Winn.

Va se lo he dicho, mayor —dijo Gantry.

—¿Es su última palabra, sheriff? —insistió el mayor Brewster, tajante.

La última y la única. Juré defender la Ley y moriré antes de faltar a su juramento.

¡Está usted loco, sheriff, perdone que se lo diga! —gritó el militar—. ¿Pero no comprende que no puede hacer nada contra nosotros? Somos un regimiento y ustedes son un puñado de insensatos…

Si lanza usted a sus tropas contra nosotros, la polvareda que se armará en todo el país será apocalíptica. Y en cuanto a Drisk, le advierto que es tan peligroso aquí como en un calabozo militar. Le hemos detenido y nos pertenece. Además, una cosa está suficientemente clara: el detenido no quiere ir con ustedes. Su único deseo es conversar con el Presidente de los Estados Unidos. Si tan importante creen ustedes que es Drisk, ¿por qué no viene el Presidente?

¡No debemos correr riesgos!

Ni yo puedo faltar a mi deber.

¡Pues aténgase a las consecuencias! —rugió el mayor Brewster, dando media vuelta y dirigiéndose a la puerta, hecho un basilisco.

La situación se está poniendo tensa —añadió el «Marshall» Gantry—, Esos muchachos nos atacarán si les dan la orden.

—Que lo hagan, si tienen agallas.

—Allá usted, Winn. Yo, por lo que pueda ser, me vuelvo a Richmond con mis hombres.

Si se va se perderá usted lo mejor, «Marshall».

—Aquí ya no hay quien esté tranquilo, y yo menos. Sólo veo bayonetas y ametralladoras por todas partes. Adiós, Winn. Le deseo suerte.

Gantry se dirigió a la puerta. En la calle, el ingeniero Mulligan estaba discutiendo con un sargento que pretendía impedirle el paso. Winn se asomó al porche y gritó:

No se preocupe, Mulligan. Todo está en orden. No nos arredramos aquí.

El juez me ha citado como testigo —respondió Mulligan—. Ha llamado a la oficina de la compañía.

De la casa en donde se había instalado el puesto de mando salió el mayor Brewster, seguido del coronel Granger. Ambos parecían muy enojados.

Déjele pasar, sargento —habló el mayor Brewster.

El suboficial saludó y el ingeniero se dirigió hacia la oficina, con una sonrisa a flor de labios.

¿Qué, mayor, atacan ustedes o no? —preguntó «Rocky» Winn, desde la puerta de su oficina, con las manos en los bolsillos.

¡Váyase usted al diablo, sheriff!

—Ya imaginaba yo que todo era pura jactancia… Adiós, «Marshall». Buen viaje.

Gantry agitó la mano por la ventanilla de su coche, arrancando en dirección hacia la barrera de tropas que bloqueaban la calle. Un oficial dio una orden y la tropa se apartó, para dejar salir del cerco a! «Marshall».

* * *

A media tarde, un camión militar llegó precipitadamente al pueblo. Se detuvieron delante de la casa del doctor Krafft y cuatro soldados saltaron a tierra, llevando en brazos un cuerpo insensible.

Algunas personas, situadas en las inmediaciones, pudieron reconocer el cuerpo de Phillip Swayer.

La noticia se extendió rápidamente por todo el pueblo:

¡Han herido a Phillip Swayer! ¡Está muy grave!

El teléfono también repicó estruendosamente en la oficina del sheriff, y el encargado de la estación telefónica y telegráfica, informó a Winn de lo que sucedía. Winn llamó al doctor, alarmado. Reconoció la voz de la mujer de Krafft:

Edith, soy «Rocky». Winn. Me han dicho que Phillip Swayer…

Sí, sheriff; le han traído unos soldados —explicó excitadamente la esposa del médico—. Mi marido le está examinando. Parece que está muy mal.

—¿Cómo ha ocurrido?

No lo sé. Uno de los soldados dice que le dispararon cerca de Hurón Plain. Le han traído de allí.

¡Por todos los diablos…! ¡Tenme avisado de lo que ocurre, por el amor de Dios!

Winn fue hacia la puerta sin cristales y se detuvo a mirar a la calle. La tarde estaba cayendo. Pronto sería de noche. Le habían comunicado, poco antes, que el ejército había bloqueado la carretera y los caminos, para impedir el paso a la legión de periodistas que iba llegando a las inmediaciones. Ahora, la noticia de Phillip venía a poner una nueva pincelada de dramatismo en el

ambiente, ya demasiado saturado de amenazas.

La puerta que comunicaba con las celdas se abrió, saliendo el juez Davies, quien dijo:

Listo, «Rocky». Mañana podremos celebrar el proceso. Pero necesitaremos un abogado defensor. Usted se cuidará de la acusación.

Malas noticias, juez... Phillip Swayer ha sido herido. Le acaban de traer de Hurón Plain. Parece que el ejército ha disparado contra él.

—¿Se lo decimos a Drisk? —preguntó Quincy—. Si le pasara algo al muchacho, él podría curarle.

—Yo se lo diré —dijo Winn —. No se marche usted, juez Davies. Creo que el ejército no se ha atrevido a atacarnos debido a su presencia aquí.

Winn fue hacia el calabozo y Henry Colé le abrió. Se acercó a la celda. El ingeniero Mulligan estaba allí, conversando con Drisk.

Winn se acercó, diciendo:

Ha ocurrido un accidente grave. Phillip Swayer está herido. La tropa le ha traído de Hurón Plain.

Dentro de la celda, Drisk se levantó, acercándose a la reja.

— Me lo temía. Yo le mandé allí. Y ahora lo siento.

Pero, ¿cómo lo ha hecho?

—Telepatía «subsensorial». Necesitaba que alguien fuese a mi nave a efectuar una comprobación importante. De todas formas no se preocupen, no le ocurrirá nada. Yo me ocuparé de él. Si muere, diga que lo traigan aquí... Porque no sería prudente que yo saliera, ¿verdad?

—¿No puede usted sanar a un herido en vez de resucitar a un muerto?

Sí, naturalmente. Con más facilidad —contestó Drisk.

Pues diré al doctor Krafft que nos envíe al herido.

* * *

Jean Davies tuvo más suerte que Phillip Swayer. Conocía perfectamente el terreno y logró llegar a las inmediaciones de Hurón Plain al caer la tarde.

Al ver tanta tropa por aquel lugar, se ocultó cuidadosamente,

subiéndose a un árbol, y esperó a que fuese noche cerrada. Entonces, descendió de su alado refugio y se arrastró lentamente.

No empleó mucho tiempo en llegar al lugar en donde estaba la nave de Drisk, cerca de la que se había instalado un grupo de tropas, provistos de cañones antitanques, «bazookas» y morteros.

Era evidente que el ejército había tropezado con la nave extraterrestre, pese a ser invisible. Alguien debió de tocarla y por ello se había montado aquella vigilancia.

La muchacha, ocultándose detrás de un equipo móvil de comunicaciones, aprovechó un descuido y se metió entre las ramas de los árboles aplastados por la nave. Conocía exactamente el sitio en donde estaba la entrada, así que le fue fácil penetrar en ella, comprobando, asombrada, que la invisibilidad de la nave sólo era exterior, debido a un fenómeno que no pudo comprender. Desde luego, ella vio cerrarse la escalerilla y luego abrirse la cabina circular, en donde estaban los complicados aparatos que viese la víspera.

El silencio allí dentro era absoluto.

Recordó las instrucciones recibidas y decidió ponerlas en práctica. Para ello se acercó a la pantalla de inversión de tiempo, repasando mentalmente las instrucciones.

«A la izquierda es el pasado. El centro es el presente y el futuro está en esta palanca de la derecha. Veamos».

Jean empujó la palanca del futuro hacia arriba, lo que hizo encenderse la pantalla inmediatamente, en la que apareció un paraje del bosque que no pudo reconocer. Maniobró a derecha e izquierda las dos bolas, para situar el tiempo en un día o dos, dado que surgieron cinco rayas blancas en la parte superior de la pantalla, y luego hizo girar el disco central.

En la pantalla apareció, a los pocos segundos, un paraje de

Canyon Creek, en pleno día. Y lo que vio hizo lanzar un grito a Jean.

Un tanque estaba disparando contra un edificio. La oficina del sheriff.

La imagen se centró entonces en la entrada, medio destruida de la oficina del sheriff, entre cuyas maderas y ladrillos surgió una tambaleante figura plateada.

¡Era Drisk, el uránida!

Y Jean le vio doblarse, para caer al suelo, desde el porche, con el traje metálico desgarrado por las balas.

¡Comprendió que Drisk había muerto!

CAPÍTULO VII

ESTA bien, sheriff. Permitiré que lleven el cadáver a su oficina. Pero yo deseo estar presente cuando ese sujeto extraterrestre resucite al muchacho —dijo el coronel Granger.

Bien, coronel. No quiero privarle del placer de ver algo verdaderamente sobrenatural. También será interesante que se convenza usted de que Drisk es alguien que está muy por encima de nosotros.

Quincy y Mulligan se dirigieron a casa del doctor Krafft, quien les estaba esperando. Allí estaban el mayor Brewster y dos oficiales más, uno de ellos con insignias de médico militar.

En el suelo, tendido en una camilla, estaba el cuerpo de Phillip Swayer, cubierto con una manta.

Al fondo, apoyada en el vano de una puerta, gimiendo, se encontraba la señora Krafft.

¿Está muerto, capitán Kelly? —preguntó el coronel Granger al oficial médico.

El aludido asintió con la cabeza.

El sheriff dice que el uránida le devolverá la vida.

¡Sólo él puede hacerlo! —exclamó el doctor Krafft—.

Miren a este hombre —añadió Krafft, señalando a Alee Quincy —: También estaba muerto. Yo le reconocí ayer… ¡Y él le ha devuelto la vida!

Los dos oficiales miraron a Quincy con ojos extraordinariamente abiertos.

—¿Qué le ocurrió a usted?

Disparé contra Drisk y él devolvió la bala contra mí. Eso fue todo. Caí y perdí el sentido. Me han dicho después que me dieron por muerto, y así debe de ser, pero estoy tan vivo como están ustedes.

—¿Podría ver su herida? —preguntó el capitán médico.

No tengo ni cicatriz.

¿Puedo ver esa curación, coronel? —preguntó el doctor Krafft.

Venga usted… Y usted también capitán Kelly. Deseo que certifiquen lo que va a suceder.

Quincy y Mulligan levantaron la camilla y salieron, seguidos del doctor Krafft, del coronel y los dos oficiales. En comitiva, regresaron a la oficina del sheriff.

«Rocky» Winn y el juez Davies estaban allí, aguardando. Todos estaban muy graves y el sheriff hizo el siguiente comentario:

Me alegro que no esté aquí ninguno de los Swayer… ¡Pásenlo al calabozo!

Me gustaría que el doctor Krafft y el capitán médico Kelly presenciaran esa… operación, sheriff —pidió, de buenos modos, el coronel Granger.

Por mí no hay inconveniente, coronel. De buen gusto les dejaría entrar a todos ustedes, pero no sé si tendremos sitio. ¿No atacarán sus hombres en este momento?

Descuide. Estamos a la espera de órdenes de Washington. Hay una reunión especial con el Presidente. Me avisarán antes de hacer nada.

Es un respiro.

El coronel Granger vio entonces, por vez primera, a Drisk, que estaba junto a la puerta de la celda. La voz ominosa y extraña del uránida sonó en aquel instante, diciendo:

Déjenle en el suelo… Ahí mismo, Mulligan… así.

La camilla fue depositada en el suelo, ante la puerta de la celda. Drisk se arrodilló y extrajo la mano derecha por entre los barrotes, mientras Quincy retiraba la manta que cubría el cuerpo semidesnudo de Phillip Swayer.

Era impresionante ver la herida abierta en el pecho y en el vientre por el bisturí del doctor Krafft, quien había hecho lo humanamente posible por el herido.

Permítanme decirles que son ustedes unos carniceros. No hay necesidad de hacer esto para curar a un herido —dijo Drisk, tocando la placa de su «tregft» con la mano izquierda —. Vean cómo se cierra y cicatriza una herida.

Del extremo del aparato que empuñaba Drisk surgió algo así como una luz sonrosada, casi roja, intensa… ¡Y todos vieron, atónitos cómo la herida de Phillip se iba cerrando, desapareciendo

incluso la sangre, a medida que la luz pasaba sobre su piel abierta!

En un instante, el pecho desnudo y el abdomen de Phillip quedaron cicatrizados, sin huella de corte ni operación.

¡Increíble! —exclamó el capitán médico Kelly, entre el murmullo de asombro de todos los presentes.

Y ahora, le devolveré la vida y la energía —continuó diciendo Drisk, pulsando de nuevo la placa del «tregft», para acercarse, ahora sin luz de ninguna especie, a la frente del cadáver.

¡Phillip Swayer se estremeció ligeramente!

Ya está vivo... Y les advierto a ustedes que no he realizado milagro de ninguna clase. Todo ha sido enteramente científico. Ocurre, sin embargo, que ustedes no me comprenderían si le explicase cómo ha funcionado mi «tregft».

¡No puedo creerlo! —declaró con énfasis, el coronel Granger, mirando detenidamente a Drisk.

En aquel instante, Phillip abrió los ojos y miró al hombre que se cubría con el traje espacial plateado.

Oh, señor Drisk. ¿Qué me ha ocurrido? Creo que dispararon sobre mí aquellos soldados...

Sí, Phillip. Te hirieron de gravedad... —contestó el uránida — . Pero ya no tienes que preocuparte. Estás bien. Gracias por haber querido ayudarme. Ignoraba que hubiese allí tantos soldados.

El doctor Krafft, trémulo, ayudó a Phillip a ponerse en pie. Le auscultó el pecho y le miró a los ojos. El capitán Kelly le tomó el pulso y pasó las yemas de sus dedos sobre el pecho, donde había estado la herida.

He realizado un proceso de unión o solidificación de células. Eso es todo. Digamos que es una corriente eléctrica la que ha producido la operación. Todo ha quedado como antes. Supongo, sin embargo, que habrá perdido sangre y hay que compensar esa pérdida inmediatamente.

Drisk hablaba en tono doctoral y todos le escuchaban atónitos, sin poder articular palabra.

—Tengo que informar de esto inmediatamente... Si el Presidente no viene ahora, soy capaz de dirigirme a Washington con todos mis hombres y hacerle venir —declaró el coronel Granger, con voz firme, para acercarse a la reja y añadir, mirando a Drisk — : No sé si es usted amigo o enemigo. Pero lo que he visto aquí esta noche,

le hace merecedor de todos mis respetos. No seré yo quien intente oponerse a su misión en La Tierra. Creo que nos hemos de beneficiar todos de su llegada.

Drisk sacudió la cabeza negativamente:

Lamento decepcionarle, señor. Usted ha de ser de los que no se alegren de nuestras relaciones.

—¿Qué quiere decir?

La Tierra tendrá que desmovilizar a todos sus ejércitos... ¡Ya no habrá más guerras y la carrera militar dejará de existir! Habrán de adaptarse a la paz total y al desarme. Esa es una de las condiciones que imponen mis superiores para entrar en relaciones nuestros respectivos pueblos.

No tengo inconveniente en pedir voluntariamente la excedencia si mi país no corre ningún peligro por parte de otro país enemigo.

No habrán enemigos, coronel. Este planeta está a punto de entrar en una era de grandes cambios —replicó Drisk — . Paz y seguridad para todos los seres del universo.

¡Si tal ocurre, me sentiré el más dichoso de los mortales! —replicó el coronel Granger.

* * *

A la mañana siguiente llegó a Canyon Creek el senador Clarkson, enviado especial del Presidente de los Estados Unidos.

Entró en la oficina y estrechó cordialmente la mano del sheriff, de su comisario, del ingeniero Mulligan y del juez Davies. A continuación abordó a Winn sin preámbulo alguno.

Bien, sheriff. Parece ser que se ha opuesto a la entrega de un individuo procedente de otro planeta. ¿No es así?

Es un reclamado... —empezó a decir el juez Davies.

¡Por favor, caballeros, no sean absurdos! ¿Qué es lo que se proponen? —atajó Clarkson, secamente — . Tienen ustedes a todo el Gobierno pendiente de este asunto... El Presidente no vendrá a entrevistarse con ese... uránida. ¡No puede hacerlo! Y ustedes se obstinan en obstaculizar la marcha normal del caso...

Ni el caso es normal ni tiene marcha. Está estancado...

precisamente, hoy mismo va a ser juzgado el detenido.

Pero esto es absurdo. ¿Cómo se atreven a procesar a un sujeto

que, según ustedes mismos, no pertenece a este mundo?

Sea de donde sea, ha cometido un delito en este estado.

según nuestras leyes, debe ser juzgado aquí...

El juez Davies tenía motivos para estar furioso y colérico. Se había entrevistado con Drisk, poco antes, y supo que su hija Jean se encontraba dentro de la astronave uránida, por encargo de Drisk.

» — No tema usted, que no le sucederá nada. Está colaborando conmigo... Yo respondo de ella, señor juez.

El juez Davies se consideraba, por ello, como la persona más interesada en que Drisk no fuese llevado a ninguna parte, fuera de Canyon Creek.

Bien, calma por favor —suplicó el senador Clarkson —. El asunto es más grave de lo que parece. Nos han llegado informes muy confidenciales y me han delegado para abrir una investigación.

«Sabemos que pretende un acercamiento de su raza con la nuestra, a condición de un desarme general de todos los ejércitos del mundo. Y quiero hacerles a ustedes partícipes de la inquietud del Presidente y la mía propia... ¿No nos invadirán esos uránidas cuando no podamos defendernos, porque hemos aceptado sus propuestas y destruido nuestras armas, desmovilizado a nuestros ejércitos y nos encontramos indefensos como criaturas de pecho? ¿Qué me dicen a esto?

Digo que no. Drisk no nos engaña —dijo «Rocky» Winn, obstinadamente—. Le conozco bien. Sólo saldrá de aquí a condición de que venga a verle el Presidente en persona.

El Presidente ha delegado en mí. Yo hablaré con ese individuo —dijo el senador Clarkson, con energía.

Eso será en caso de que Drisk quiera hablar con usted... Y me parece que no querrá. Espere un momento.

Dio media vuelta y penetró en el pasillo de los calabozos, en donde estuvo unos minutos, para salir luego sacudiendo negativamente la cabeza.

He hablado con Drisk. Dice que sabe quién es usted... Y no deseo añadir lo que opina de su persona. Pierde usted el tiempo, senador. Drisk sólo hablará con el Presidente.

Al oír esto, Clarkson enrojeció hasta el ala del sombrero y barbotó:

Esto le pesará, sheriff. ¡No me conoce usted muy bien!

Lo siento. Usted no pasará de esa puerta… Sin embargo, dentro de poco hemos de celebrar el juicio en el salón de la casa del juez Davies. Como público y si lo desea, podrá usted asistir al proceso.

¡Esto es intolerable! ¡Soy un enviado del Gobierno, pertenezco al Congreso de los Estados Unidos y…!

Nosotros somos el pueblo de los Estados Unidos —habló uno de los leñadores, con voz amenazadora.

Están todos ustedes dominados por ese monstruo procedente del espacio o del infierno —rugió Clarkson —. No son libres… ¡Esto es hipnosis colectiva! ¡Rebeldía intolerable!

Perfectamente. Vaya y dígale eso al Presidente —dijo Winn — . Y puede añadir algo más. Si Drisk es declarado ¡nocente del delito que se le acusa, será puesto en libertad… ¡Y me alegraría muchísimo que se fuese con su astronave a otro país a ofrecer sus servicios! Debe saber que ha devuelto la vida a dos personas… ¡Y que viene en son de paz, no de guerra!

Piénsenlo bien, caballeros. Si antes de una hora no entregan a ese sujeto a las autoridades militares… ¡lo lamentarán! —y se marchó, furioso.

Una hora más tarde, sin embargo, no ocurrió nada.

* * *

A las once de la mañana, formando un grupo compacto de hombres provistos de armas, Winn y todos sus colaboradores, doce hombres en total, salieron de la oficina rodeando a la extraña figura plateada del uránida.

Inmediatamente, las tropas que rodeaban el lugar se pusieron en guardia, acudiendo el coronel Granger, el mayor Brewster y todos sus oficiales. Fue el coronel quien gritó:

Lo siento, sheriff. Tengo órdenes terminantes de no dejarles pasar. Si dan un paso más ordenaré abrir fuego… ¡Y créame que lo siento profundamente!

No te inquietes, «Rocky» —habló Drisk, en medio del grupo de ciudadanos—. Seguimos adelante. No dispararán.

El grupo continuó su avance hacia la barrera de soldados.

Sobre el casco escafandra de Drisk surgió una lucecita blanca, apenas visible. Y las tropas que cerraban el paso desaparecieron

completamente.

El resto de la tropa quedó tan atónito al ver abrirse de aquel modo la barrera militar, que nadie osó moverse.

— ¡ Fuego contra ellos! — rugió el coronel Granger.

Los soldados no obedecieron. Nadie se movió, excepto el grupo que avanzaba por el centro de la calle en sesgo, hasta llegar a las inmediaciones de la casa del juez Davies.

Gran número de personas se había unido al grupo que rodeaba al uránida, saliendo de las casas y pronto, más de doscientos individuos se agolpaban ante la mansión del juez Davies, pretendiendo penetrar en el salón donde debía celebrarse el juicio, ¡no contra un ser extraterrestre, sino en su favor!

Todo obedecía a un acuerdo tomado entre el sheriff Winn, el juez Davies, el comisario Quincy y otros a fin de proteger, en parte, los intereses del pueblo, aun en contra del mismo Gobierno, y en parte los intereses de Drisk, a quien consideraban un ser altamente superior a todos ellos.

Pretendía Drisk que el Presidente de los Estados Unidos acudiera a conversar con él. Ni más ni menos. El caso, sin lugar a dudas, era importante, y, al final, pese al despliegue de tropas en todo el condado, el Presidente habría de acceder a entrevistarse con Drisk, o, al menos, eso era lo que creían todos.

Para conseguirlo, se convino hacer un juicio a Drisk, acusándole de rapto, a fin de condenarle y retenerle en Canyon Creek durante algún tiempo, mientras la noticia se iba extendiendo por el mundo y fuese necesaria la intervención decisiva del Presidente.

Era una delicada cuestión que hizo funcionar en pocas horas el teléfono rojo de la Casa Blanca con el Kremlin, para pasarse acto seguido a una reunión de urgencia y secreta de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Ni siquiera el Gobierno de los Estados Unidos estaba seguro de lo que debía hacerse con el uránida. La responsabilidad era muy grande, y al ejército se había hecho responsable de la seguridad de Drisk.

Una de estas órdenes, tajante, había sido la de atacar la oficina del sheriff y destruir el uránida. Estaba firmada por el Jefe de Operaciones Militares del Pentágono y la rúbrica, al pie de la orden, era ilegible — ¡luego se habría de saber que la orden partió del

General de División, Stronberg, un individuo al que nadie conocía en Washington!

Por otra parte, agentes del C.I.A. y del F.B.I. intentaron llegar a Canyon Creek, pero fueron contenidos por las tropas especiales que bloqueaban las carreteras.

Aquellos Individuos intentaron todas las tretas conocidas y por conocer, para poder llegar a Canyon Creek y hubo alguno que lo consiguió, refugiándose en el interior de un tanque, en complicidad con los soldados encargados de su manejo.

Uno de ellos, llamado David Lenn, hizo una entrevista a Phillip Swayer, pagándole cinco mil dólares en un cheque, pero más tarde fue detenido al intentar sobornar a un suboficial de comunicaciones para que enviara un reportaje al «New York Times».

Mientras, en casa del juez Davies, se estaba iniciando el proceso más sensacional de todos los tiempos, y la única concesión que se permitió — ¡por lo que pudiera ocurrir! — fue la instalación oficial de un magnetoscopio, a fin de recoger las palabras de Drisk.

Todos los asistentes al proceso estaban seguros de que el uránida haría revelaciones sensacionales durante aquel juicio.

CAPÍTULO VIII

EL juez Davies aporreó la mesa con su maza y exclamó:

— Silencio, por favor. Va han escuchado la acusación del sheriff. Tiene la palabra la defensa. ¿Quién es su abogado defensor, señor Drisk?

El uránida se levantó y respondió:

—Yo mismo, señor juez. Me considero culpable del rapto de Phillip Swayer, aunque debo alegar que ignoraba estar causando un delito.

Perfectamente. Aceptada la defensa. El desconocimiento de las leyes no exime de su cumplimiento. Este tribunal le condena a un año de cárcel.

—¿Qué comedia es ésta? —gritó la voz del senador Clarkson, en la entrada de la sala, abriéndose paso entre la gente — , ¿Qué se proponen hacer ustedes?

No tiene usted ningún derecho a inmiscuirse en el ejercicio legal

de mis funciones —replicó el juez Davies, con sequedad.

Naturalmente que lo tengo. Todos me conocen. Pertenezco al Senado. He venido a este, lugar enviado por el Presidente de los Estados Unidos, Magistrado Supremo de la Nación, para inducirles a la razón y hacerles ver el error que cometen al pretender proteger a este sujeto de aspecto tan...

¡Fuera, fuera, fuera! —empezaron a gritar los leñadores, siendo coreados inmediatamente por el resto del público.

—Tienen que oírme todos —continuó gritando Clarkson — . Cometen una imperdonable tontería. ¿Por qué no podemos ver la cara a este sujeto? ¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿Qué se propone?

Silencio, por favor —habló Drisk, por vez primera — . Dejen hablar al representante del Gobierno. Está en su derecho.

Clarkson arqueó las cejas. Y cuando se hizo el silencio, dijo:

Gracias, uránida Drisk. Quería hablar con usted en privado y no me ha sido posible. No me importa hacerlo aquí, en público. ¿Está usted dispuesto a contestar a todas las preguntas que le formularé en nombre del Gobierno de los Estados Unidos?

Sí. Nos encontramos ante un tribunal. Que mis palabras queden registradas legalmente. Sólo diré la verdad —dijo Drisk.

Clarkson sonrió. Era un gran conocedor de la dialéctica y esperaba confundir a Drisk y desacreditarle delante de aquellos rústicos que le apoyaban.

—¿De dónde ha venido?

De «Seederg», un lugar al que ustedes llaman Urano.

¿Para qué?

Para hablar con el Presidente de este país. Soy portador de un mensaje de paz y amistad.

—¿Qué mensaje es ése?

Sólo puedo decírselo al Presidente.

—Yo le represento a él —replicó Clarkson — , ¿Por qué no me lo dice a mí? Yo se lo transmitiré.

Usted es un embaucador que utiliza su prestigio, adquirido en engaños, para encumbrarse. Estoy leyendo su mente, William Clarkson. Usted no ama al pueblo, ni ama a su país. Sólo ama sus cada vez más crecidas cuentas corrientes. Usted no es el representante de nadie, excepto de usted mismo. Yo podría demostrar aquí que ha robado, estafado y hecho chantaje...

¡Mentira! —gritó Clarkson, descompuesto.

Bien —dijo Drisk—, Voy a demostrar lo que he dicho… Por favor miren todos hacia la pared de enfrente.

Al decir esto, Drisk extendió la mano hacia el muro situado sobre la cabeza del juez Davies, donde apareció un recuadro de vivos colores, que mostraba un amplio y suntuoso despacho. Detrás de una mesa, estaba sentado William Clarkson, fumando un puro. Ante él había un hombre bajo y grueso, calvo, con una serie de papeles en la mano.

Les explicaré a todos lo que significa eso —dijo Drisk—. Esa escena ocurrió exactamente el día 8 de mayo de 1962, en casa del actual senador Clarkson.

Al escuchar esta fecha, el senador pareció tambalearse.

¡Es falso! Completamente falso —gritó, en tono casi histérico.

El hombre que está con él se llama Eddie Mowery…

—¡Noooo! —chilló Clarkson — , ¡No, eso es falso! Nadie pudo filmar aquella escena.

Permítanme explicar que esa escena estoy extrayéndola de la mente del propio senador Clarkson —siguió diciendo Drisk, en un tono que llenaba toda la sala — . Ahí se fraguó una trampa que arruinó a varios hombres… ¡Y todo fue una estafa! ¿Quiere que continúe, señor Clarkson?

No… no… —musitó el senador, sudando copiosamente—. Me marcharé. Diré al Presidente que venga a verle a usted… Pero que desaparezca esa imagen del muro.

Drisk bajó la mano y la filmación desapareció.

De acuerdo. Salga usted para Washington y diga al Presidente que le espero en Canyon Creek.

Sí, lo haré — musitó Clarkson, retrocediendo.

El público no había comprendido exactamente lo sucedido, pero todos dedujeron que Clarkson había sido descubierto en una maquinación fraudulenta que no pudo negar ante pruebas tan evidentes. Y cuando el senador salió, un abucheo tremendo brotó de la gente, apresurando su retirada.

Que nadie tenga en cuenta mis palabras —dijo entonces Drisk—. Yo poseo la verdad absoluta de los hechos de los hombres. En mi mundo no es posible ocultar nada a nadie, por eso somos distintos. Mi raza es mucho más antigua que la vuestra. Mis antepasados

padecieron los mismos males que ahora os aquejan a vosotros. Tuvimos desaprensivos, aprovechados y malos. Pero nuestra ciencia terminó por desterrar todos los males que nos aquejaban.

Ahora, en «Seederg» vivimos en paz, somos justos y sinceros. Nadie puede ocultarse detrás de la mentira y del engaño, porque poseemos medios perfectos de protección.

»Dije antes que habíamos decidido entrar en contacto con vosotros a fin de protegernos de vuestros actos, muchas veces irresponsables. Sabemos que vuestra ciencia está llegando a extremos peligrosos, incluso para nuestra seguridad. Por eso, la Junta Superior de «Seederg» acordó que, para dentro de algunos años, sería preciso establecer el contacto que yo realizo ahora.

»Una vez lo consiga, regresaré a «Seederg», donde debo asistir a la gran fiesta conmemorativa del nacimiento de nuestro sistema planetario. Antes de irme, dejaré instrucciones al Presidente de los Estados Unidos para que se celebre una reunión extraordinaria en la Asamblea General de las Naciones Unidas, para modificar la estructura político—social de vuestro mundo.

»No intervendremos en vuestros asuntos personales. Se os comunicará lo que debéis hacer y cómo debéis hacerlo. Es por vuestro bien. Por el bien de todos, aunque el cambio parecerá grande a todos…

«Seréis absolutamente libres, pero no para hacer lo que os venga en gana, sino para cumplir una misión humana, no para hacer que la cumplan los demás, como ha venido ocurriendo hasta ahora. La comprensión será total y definitiva. Todos seréis iguales ante vosotros mismos, como lo somos nosotros y vuestro deber será cumplido por aceptación propia.

«No os faltará el alimento, ni la ropa, ni nada. Todos tendréis lo mismo. Nada pertenecerá a nadie, sino a todos y la propiedad habrá de desaparecer, como patrimonio de minorías. Pero todo se hará paulatinamente.

«Nosotros cuidaremos de realizar el cambio. Os llevaremos de la mano hacia la perfección homogénea de vuestra raza atrasada y desequilibrada. Daréis un paso adelante en el camino del progreso. Nadie sufrirá persecuciones ni enfermedades…

Drisk hablaba y las gentes le escuchaban asombradas. Todo aquello era infinitamente extraño, asombroso, increíble. Y,

lentamente, hasta los más iletrados se fueron dando cuenta de la verdad: ¡Lo que decía Drisk era un imposible!

Había de ser, precisamente, Phillip Swayer, joven y tímido, quien osara contradecir a Drisk, poniendo como se dice vulgarmente, el dedo en la llaga:

—¿Y valdrá la pena vivir en esas condiciones, Drisk?

Sí. La vida no nos pertenece. ¡Es del Supremo Hacedor! —contestó Drisk, secamente—. Lo que nosotros pretendemos es daros nuestros conocimientos, nuestra cultura, nuestro...

—¿Y somos nosotros igual que vosotros? —insistió Phillip, mientras todos los demás reunidos en la sala contenían hasta el aliento para escuchar la respuesta.

No, naturalmente. Nuestro metabolismo es distinto al vuestro.

En tal caso, si no somos iguales que vosotros, ¿quién es mejor o peor, más perfecto o imperfecto? ¿O podremos ser iguales alguna vez?

Te entiendo, aunque no te explicas bien, Phillip —dijo Drisk — . Vosotros habréis de ser iguales entre sí, como nosotros lo somos entre nosotros.

Eso es imposible —replicó Phillip—, Yo no soy igual que el sheriff Winn, por ejemplo. El es más viejo, más audaz, más sensato. Y no creo que nada ni nadie pueda igualarme jamás a una mujer, o a un bebé... ¡Yo no soy igual que un tigre, ni a un elefante, aunque ellos sean animales de la creación!

—Te apartas de la cuestión principal, Phillip. Empecé diciendo que no estáis preparados aún para el cambio de mentalidad, por eso no podéis comprender aún. Todo habrá de hacerse paulatinamente.

Nada ni nadie podrá modificar en nosotros una mentalidad que nos viene de seres queridos y ya desaparecidos. Habría que resucitar a todos nuestros muertos e igualarlos a nosotros. Volver a empezar desde el principio —Phillip avanzó, hasta donde estaba Drisk, gesticulando como un exaltado—. Yo he muerto y tu ciencia me ha devuelto la vida. Admito eso. Pero yo sigo siendo el mismo de antes... Siempre seré igual que ahora, hasta mi muerte definitiva, en que dejaré de ser. Yo podré amar a una mujer, pero no podré amarlas a todas. Nuestra mentalidad, es así. Dime una cosa, Drisk. ¿Tenéis mujeres vosotros? ¿Cómo venís al mundo?

Nosotros no morimos. Somos siempre los mismos individuos —

contestó Drisk.

—¿Cuánto tiempo hace que ocurre eso?

Hace muchos miles de años... Y no somos varones ni hembras. No nos reproducimos ya, porque no es necesario. Somos suficientes para las posibilidades de vida de nuestro planeta.

¡Pero os ocupáis de la vida de los demás!

Por instinto de conservación. Nosotros no venimos en plan de conquista. Queremos favoreceros.

Eso dices, y puede que así lo creas. Yo también lo creía, al ver las cosas maravillosas que eres capaz de hacer — contestó Phillip, sencillamente—. Sin embargo, empiezo a creer que no será cierto... ¡Que tu embajada no nos será beneficiosa, sino altamente perjudicial!

—¿Por qué dices eso, Phillip Swayer?

—Yo no veo el futuro, pero lo presiento. A todos los que estamos aquí nos empieza a ocurrir lo mismo. Hemos intentado protegerte, utilizando nuestras leyes. Creíamos que eras bueno y puede que lo seas, pero a tu modo y no al nuestro. ¿Sabes lo que entendemos en este mundo por un hombre bueno <

Sí, Phillip. Te entiendo y tienes razón. Pero estoy seguro que después del período de transición que deseamos imponeros, todo lo veréis distinto.

No accederá nadie... ¡Ahora estoy seguro! —contestó Phillip, altivamente—. Y lo mejor que nos puede ocurrir es que te marches y nos dejen vivir a nuestro modo. Si yo fuese Presidente de esta nación te tranquilizaría diciéndote: «Gracias, Drisk; puedes irte tranquilo. Jamás nuestras bombas atómicas perturbarán vuestra quietud eterna. Vivir tranquilos en vuestro mundo amorfo. Seguid estériles, con vuestra ciencia perfecta, que ni avanza ni retrocede, que nosotros, con nuestros métodos disparatados, muriendo y luchando para vivir, llegaremos alguna vez a lo que sois vosotros y continuaremos adelante, sobrepasándoos. Eso es lo que yo te diría, si fuese Presidente. ¡Y lo que te dirá el Presidente, si viene a verte! Y no le podrás contestar, porque ahora no puedes contestarme a mí. ¿No es verdad?

No, es cierto, Phillip Swayer. No puedo contestarte... ¡Tienes razón! Nosotros hemos conseguido una perfección absoluta que repartimos entre un número de seres fijos y determinados. No hay

más que nadie, ni tampoco hay menos. Siempre será así. Creo que cometimos el error de pensar que vosotros no llegaríais a más. Y puede que lleguéis, ¡pero también puede que no!

La vida debe tener incógnitas, Drisk. Riesgo… En la vida hay que saber decidir, elegir. Nos podemos equivocar o no, pero somos libres de inclinarnos a un lado u otro en cualquier momento de nuestra existencia para el bien o para el mal. En eso se basa todo. Nosotros confiamos en algo que hay más allá, muy por encima de vuestra pobre ciencia.

¿Sois felices, Drisk?

Sí, a nuestro modo, sí.

—Vuestro modo no es el nuestro.

Creo que el muchacho tiene razón —intervino el juez Davies—. Jamás había escuchado una pieza retórica tan bien argumentada. ¿De dónde sacas esas respuestas, Phil?

De aquí, señor —contestó el muchacho, golpeándose el pecho—. Del corazón… No tengo mucha cultura, pero sí corazón. ¡Y Drisk no tiene corazón!

Un coro de voces se alzó entre la concurrencia. La verdad empezaba a entrar a raudales en la mentalidad de las gentes allí reunidas. Pero era una verdad a medias.

Phillip Swayer, convertido en portavoz de la humanidad, ante un ser de otro mundo, habría de decir:

No alcéis la voz, señores. Este ser, este uránida, no es un individuo nefasto. Si algo tiene en su contra es únicamente su escaso parecido con nosotros. No es semejante a mí ni lo será nunca. Tampoco es semejante a ustedes. Pero no es malo… ¡Ni bueno!

»Puede ser que dentro de algunos siglos, nuestros descendientes lleguen a poseer un concepto moral como el suyo, aunque no lo creo. Nosotros, desde luego, no. Y por todo lo expuesto aquí, creo que debemos dejarle que se marche en su nave, llevando a sus superiores la respuesta de este pueblo, encontrado en el azar de su camino. Si nuestras autoridades quieren ayudarle a reparar la pila de su nave, que lo hagan. Nosotros, desde luego, no podemos.

Phillip calló y se volvió a mirar en derredor. En todos los semblantes creyó captar la simpatía y la admiración.

Hasta el sheriff Winn aprobó el discurso del muchacho con una

sonrisa, diciendo:

No has podido expresar mejor nuestro pensamiento,

Phillip Swayer. ¿Qué haríamos nosotros en un mundo como el que quiere ofrecer el uránida?

Drisk también tenía algo que decir.

Estimo que todas nuestras exploraciones no han servido de mucho, pese a que llevamos siglos realizándolas. No conocemos exactamente a los terrestres. Ha sido un grave error por nuestra parte. Me he equivocado y no debí hacerlo. Mucho me temo que algo grave va a ocurrir.

«Esperaba oposición, pero no por parte vuestra. Lo siento mucho. Y, sinceramente, creo que este muchacho tiene razón. Todo no radica en el progreso, en la ciencia, en el bienestar. Incluso el morir puede ser un bien. Expondré estos motivos ante mis superiores. Es una suerte que os hayáis dado cuenta a tiempo. Nosotros, en verdad, ignorábamos esa cualidad de la desigualdad humana. ¿Qué haréis ahora?

Debemos encerrarle de nuevo y someternos a la consideración del Gobierno —estimó el juez Davies—. ¿Le parece bien, Drisk? Es el Gobierno el único que puede ayudarle.

Perfectamente. Aceptaré el veredicto de este tribunal. Todo es legal y correcto.

Antes de retirarse, Drisk. ¿Puede usted hacer volver a mi hija?

Sí, naturalmente. Le comunicaré que abandone mi nave y regrese con ustedes.

Gracias, Drisk... Sheriff, puede llevar al detenido.

* * *

Una hora después, «Rocky» Winn se entrevistaba con el coronel Granger, para comunicarle que el uránida estaba a disposición de las autoridades civiles y militares de la nación: — Un joven nos ha convencido a todos... Es como si hubiésemos abierto los ojos a la realidad... Lamento profundamente todo lo sucedido, coronel. Creíamos estar haciendo un favor a la humanidad.

Lo estaba haciendo, sheriff. Yo he sido testigo de ello

contestó Granger—. Debo decirle que yo también he faltado a mi deber. Se me ordenó arrestar a ese uránida y no lo he hecho. Las

órdenes han sido, empero, contradictorias. La última de ellas procede de un Consejo Extraordinario de la Asamblea de las Naciones Unidas y es terminante. ¡Me han ordenado exterminar al uránida!

¡No haga usted eso! ¡Es preferible dejarle marchar!

Yo no puedo oponerme a lo que han decidido los representantes de todos los pueblos del mundo —exclamó el coronel — . Si no cumplo la orden, seré destituido y procesado en consejo de guerra... ¡La ONU cree que ese uránida representa un peligro para la humanidad!

Pues que le dejen ir. Hay que facilitarle los medios para que se marche.

La orden es terminante... ¡Debo destruir al uránida!

insistió Granger—. Escuche, sheriff. Admito y reconozco que Drisk no es un peligro para nosotros. Lo he manifestado así en una réplica al Departamento del Ejército. Intento ganar tiempo para esquivar la ejecución de esa orden. No sé lo que sucederá, pero nada podemos hacer contra la decisión de la Asamblea General. Si yo no ejecuto esas órdenes, otro vendrá y las cumplirá.

En ese caso...

¡No hay caso! He podido escuchar todo cuanto han hablado en casa del juez Davies. Apruebo la rectitud y la justicia de lo dicho por el joven Swayer, que parecía poseer inspiración divina... Y me admiro de la rectitud con que Drisk ha comprendido. Ese uránida es un ser superdotado. Pertenece a un mundo maravilloso y distinto, que debemos admirar e intentar superar. Pero toda nuestra civilización está basada en la Ley... ¡Y las leyes las dictan los hombres a los que hemos confiado el mando, sea para bien o para mal! ¡La ley debe ser respetada siempre!

Avisemos a Drisk. Es lo menos que podemos hacer por él.

Sí, sheriff.. Hágalo, se lo agradeceré.

El sheriff abandonó el puesto de mando de Granger y regresó a su oficina. Estaba profundamente apenado.

CAPÍTULO IX

EL juez Davies fue capturada al salir de la nave invisible.

Las tropas la rodearon, encañonándola con sus armas, mientras un suboficial llamaba al capitán Meredith, jefe de la guardia, quien no tardó en acudir.

—¿De dónde sale usted? —preguntó el capitán.

De ahí, señor.

—¿De ahí? ¿De dónde?

—Aunque usted no lo vea, existe una nave de grandes dimensiones. He estado dos noches ahí dentro. Ahora, me han ordenado salir y lo he hecho.

—Yo sé que existe esa nave. He podido tocar sus contornos —dijo el oficial — , Pero no he estado dentro. ¿Cómo se entra?

—Venga usted —contestó Jean.

Situó al oficial exactamente en el lugar donde estaba la escotilla. Entonces, al pasar la mano sobre la estructura metálica e invisible, su rostro se demudó.

¡Se ha cerrado, capitán!

¿Y cómo ha salido usted?

Ha debido de cerrarse después de salir yo —respondió la joven.

Será mejor que venga usted al puesto de enlace. Sargento, vigilen atentamente. Dentro de unos instantes los helicópteros dejarán caer una red sobre este objeto, para poder verlo mejor. Es conveniente que intenten hacer marcas con pintura fosforescente a ver si nos ayuda a ver lo que hay y no podemos percibir.

Sí, señor.

Aquellos soldados, pese a lo extraño de la misión que les había llevado allí, se comportaban con indiscutible disciplina, aunque las órdenes carecieran de sentido.

El capitán Meredith acompañó a Jean al furgón de enlace y comunicaciones y llamó al puesto de mando. A los pocos instantes comunicaba con el coronel Granger.

Hemos encontrado a una muchacha junto a la nave invisible, señor. Parece ser que existía una escotilla, por la que ha salido esta joven, pero ahora está cerrada —Meredith se volvió a Jean y le preguntó—: ¿Cómo se llama usted?

—Jean Davies. Soy la hija del juez Davies.

Meredith repitió el nombre. La voz del coronel Granger llegó hasta el lugar donde estaba la muchacha diciendo:

—Traiga aquí a esa chica, capitán.

Sí, señor. A la orden.

El capitán Meredith acompañó a Jean hasta un jeep que aguardaba en las inmediaciones. Al subir y ayudar a ella a montar, preguntó:

¿Cuándo penetró usted en esa nave?

Anoche, señor. Burlé la vigilancia, arrastrándome por el suelo y pude entrar.

—¿Por qué hizo eso?

Creo que me lo ordenó Drisk.

—¿El uránida? ¿Y qué ha hecho en el interior de la nave? ¿Cómo es?

Hay máquinas rarísimas. Drisk quería ver lo que iba a ocurrir, para lo cual necesitaba manejar un aparato que él llama inversor de tiempo. Es como una televisión en color natural. Yo he podido ver lo que va a ocurrir hoy mismo.

Meredith sonrió, poniendo el jeep en marcha.

—¿Ha visto usted el futuro, pues?

—Sí.

—¿Y qué va a suceder?

Drisk morirá hoy mismo.

El oficial miró de soslayo a la joven, cuya gravedad parecía contagiosa, tornándose grave él también y arrugando el ceño.

—¿Lo sabe él?

Creo que sí. Puede leer nuestras mentes a distancia. Me lo ha demostrado.

—¿Y sabe usted cómo morirá?

—Sí.

—¿Cómo?

Le matarán ustedes. Yo le he visto caer al salir de la deteriorada oficina del sheriff. Las ametralladoras y los cañones de los tanques disparaban contra él despiadadamente.

—¿Y qué más? —insistió Meredith.

No he visto nada más. La pantalla se apagó al caer Drisk. Comprendí que estando siguiendo su futuro, al morir él terminaba todo. Su traje quedó desgarrado por las balas. ¡Yo lo he visto! ¡Ha sido algo impresionante, terrible!

Jean se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar. La emoción la invadió de nuevo, atenazándola fuertemente.

El oficial no replicó. Para él también resultaba todo aquello muy extraño, inverosímil. Y un tanto furioso, aceleró el jeep, lanzándolo a gran velocidad por un lado del camino, para esquivar los tanques que lo invadían todo.

* * *

Gracias, Drisk. Espero que el Gobierno acceda a facilitarte ayuda —dijo Phillip Swayer, que había ¡do a la oficina del sheriff a despedirse del uránida.

No lo hará. Lo sé —contestó Drisk, con gravedad en la voz — . Ya conozco lo que va a suceder. Quieren aniquilarme.

—¡No!

Pero déjame decirte algo, muchacho. De todos cuantos seres humanos he conocido, tú eres el mejor de ellos. Te felicito sinceramente. Tienes que deshacerte de tu innata timidez y serás un gran hombre. Delante de ti hay un espléndido porvenir… ¡Tú no podías morir!

Mulligan también estaba allí. Y el padre de Phillip, a quien le comunicaron lo que había ocurrido a su hijo, estando a punto de volverse loco. Ahora no quería apartarse de su hijo, pretendiendo llevársele de allí a todo trance, hasta que lo consiguió.

El ingeniero Mulligan pretendía que Drisk le diese instrucciones y diseños para poder realizar la pila de «Inxg» que necesitaba el uránida.

—Tengo un amigo que es físico nuclear y trabaja en el Instituto «Rank». Si el Gobierno no lo hace, yo le ayudaré, Drisk.

No, Mulligan. Gracias. Ya es inútil. Es mejor que se marchen todos. Van a ejecutarme. Eso es lo que han decidido en la Asamblea de las Naciones Unidas. Lo sabe el sheriff y lo sé yo también. Y tengo curiosidad de saber si eso es posible. En «Seederg» también lo saben ya. Jean Davies, dormida, ha comunicado con mis superiores y les ha explicado todo lo que ocurre. Quieren saber si es posible mi muerte. Todos opinan que no, que soy invulnerable, que mi materia es distinta a la vuestra. Y en esa incógnita estoy.

—¿Y vas a dejar que te maten, sin hacer nada por defenderte? —intervino el sheriff violentamente, acercándose.

—¿Qué puedo hacer? No he venido aquí a ocasionar daño…

Ahora parece ser que estoy aquí para recibirlo. No os preocupéis de mí, amigos míos. Lo único importante es que todos hemos obrado de acuerdo con nuestras propias conciencias.

No le harán daño, Drisk. Puede salir y escapar. Esos soldados no representan ningún peligro para usted.

No, sin duda. Podría desarmarlos a todos, mas no lo haré. Les ruego que me dejen solo, por favor. Debo intentar concentrarme y ponerme en contacto mental con los míos.

Seth Swayer fue el primero en salir de la oficina, llevándose a su hijo. En la calle, vio detenerse el jeep en donde venía Jean. Su padre no pudo detenerle entonces, corriendo hacia la muchacha, abriéndose paso entre los soldados para abrazar a Jean cuando ella saltó del vehículo.

¡Phillip! —gritó la chica, llena de emoción.

No tuvieron reparo alguno en abrazarse delante de tantas personas como habían allí en aquel momento. Ambos habían envejecido mucho en las últimas horas. La influencia de Drisk les afectó a los dos de forma muy directa.

Intenté llegar a la nave, Jean —dijo Phillip — , Pero me dispararon. Dicen que he muerto, y que Drisk me ha devuelto la vida... ¡No me ha ocurrido nada!

¡Drisk va a morir! —exclamó Jean — . ¡Yo lo he visto! Y va a morir hoy mismo.

Efectivamente, en aquel instante llegaba una orden nueva, terminante y decisiva. Estaba dirigida al coronel Granger, jefe de las fuerzas expedicionarias en Canyon Creek... ¡Y estaba firmada por el propio Presidente de los Estados Unidos!

Un oficial de comunicaciones acababa de entregársela a Granger cuando el capitán Meredith anunció su llegada. El coronel le dijo que esperase, tomando un fusil ametrallador y saliendo al exterior,~ seguido del mayor Brewster y otros oficiales.

¡Orden de evacuar el pueblo inmediatamente! —anunció Granger—, Mayor Brewster, encárguese de que salgan del pueblo todos sus habitantes. Voy a ver al sheriff.

Granger cruzó la calle y se acercó a la oficina del sheriff, en cuya puerta se encontraban Quincy, Mulligan y Winn.

¿Qué ocurre? —preguntó el sheriff.

—¿Dónde está Drisk? —preguntó Granger, sombrío.

—Adentro. Quiere estar solo. No entre.

He de cumplir una sentencia —musitó Granger, apenas sin voz.

Penetró en la oficina y alzó su ametrallador. Drisk estaba allí, en el centro de la estancia, como si fuese una estatua plateada.

—¿Y sabe a qué vengo, Drisk? —preguntó el coronel.

Sí. Márchese ahora —contestó el uránida.

No puedo. Lo siento, Drisk. ¡Lo siento de todo corazón!

Al decir esto, Granger apuntó a Drisk con el ametrallador y oprimió el gatillo, lanzando un reguero de balas hacia el uránida.

¡Pero todas las balas se estrellaron ante lo que parecía una barrera invisible!

Atónito, Granger retrocedió.

Déjeme cumplir la orden. ¡No hay otra solución!

¡Todavía no! Espere unos minutos, coronel —respondió Drisk en tono impresionante.

El coronel retrocedió hacia la puerta y arrojó el arma al suelo.

Fuera de aquí —gritó a los tres hombres que todavía continuaban en el porche—. Fuera, pronto.

Winn, Quincy y Mulligan echaron a correr, seguidos de Granger, que gritaba:

¡Fuego! ¡Disparad contra el edificio! ¡Fuegooo!

Todo Canyon Creek pareció sacudirse bajo el furioso y demoledor impacto de aquel grito tantas horas retenido. Se había terminado todo, incluso la dialéctica y la razón. Sólo existía un hecho innegable, una verdad indestructible: ¡La Tierra se defendía de una probable invasión, y lo hacía con las únicas armas que se conocían!

Ametralladoras y cañones abrieron fuego tronitosamente, mientras los hombres del mayor Brewster se apresuraban a evacuar rápidamente el pueblo.

Un cerco de tanques se cerraba frente a lo que había sido hasta entonces oficina de la Ley en Canyon Creek. Desde la acera de enfrente, las ametralladoras rugían infernalmente.

Y los cañones lanzaban al aire tablas y ladrillos, pulverizando materialmente la fachada.

Fue entonces cuando apareció entre las astillas de la puerta la figura plateada, tambaleándose. Pareció como si el furor de la tropa se centuplicase y una sábana de balas partió al encuentro del

condenado extraterrestre, quien se tambaleó, en el porche, para luego caer pesadamente sobre el polvo, donde quedó inerte, desgarrado su traje de astronauta.

Al caer Drisk, las armas callaron. Un silencio ominoso se extendió entonces por el lugar, ahora envuelto en el humo de la pólvora. Nadie se movió. Cientos de ojos estaban pendientes de la figura postrada en tierra.

Luego el coronel Granger y varios oficiales, armados, se acercaron lentamente, cruzando la calle, hasta situarse a pocos metros de donde yacía Drisk.

Deseo ver cómo es, Meredith —musitó Granger—. Quítale el casco.

Sí, señor —contestó el oficial, casi sin voz, agachándose.

Todos le vieron tocar la tela metálica del traje de vacío. Y vieron que su mano se hundía en una sustancia blanda.

—¿Qué...? Aquí no hay nadie, señor.

Meredith se levantó de un salto, agarrando el traje espacial de Drisk, como si fuese un trapo deshilachado.

¡Está vacío!

Todos habían visto al uránida salir de la oficina tambaleándose. Todos le vieron caer, con el traje segado por las balas mortíferas... ¡Y ahora se encontraban que el traje estaba vacío!

¡No albergaba ningún cuerpo!

¿Había desaparecido Drisk o acaso no había existido nunca?

Esta pregunta habría de quedar flotando en Canyon Creek como si fuese una maldición de la que nadie podría evadirse

jamás.

¿Existió Drisk? ¿Fue un espíritu?

* * *

Los años deforman profundamente los hechos más concretos y específicos. Con el tiempo, la pesadilla de Canyon Creek se convirtió en una especie de cuento de brujas modernas.

La verdad, posiblemente, no se sabría jamás. Pero la historia la terminaron los mismos que la iniciaron una noche de tormenta.

Phillip Swayer y Jean Davies se casaron algunos años después y se fueron a vivir a New York. La suerte les sonrió a ambos y en poco

tiempo, Phil llegó a ser un importante ejecutivo de una colosal empresa comercial de la ciudad de los rascacielos.

Durante veinte años Phillip guardó un secreto. Pero una noche se lo reveló a su esposa, sacando una cajita metálica y mostrándosela a Jean. Con ellos estaba el hijo mayor de ambos, Drisk Swayer, que sonreía.

Aquí está el secreto de mis éxitos, Jean... Y, en tu presencia, se lo voy a entregar a nuestro hijo mayor, porque... ¡es un auténtico uránida!

Jean Swayer no se sobresaltó siquiera.

—¿Guardas el «tregft» que te cedió Drisk?

—¿Cómo lo sabías? —se sorprendió Phillip.

Llevo casada contigo veinte años, amor mío. Yo sé que Drisk no vino a invadirnos... ¡porque era el único uránida que existía!

Eso he creído yo siempre —dijo Phillip, pensativo, abriendo la caja metálica y tomando entre sus dedos el objeto singular y curioso que antaño llevase Drisk en su mano derecha — . Esto llevaba aquel individuo, Drisk.

El joven se acercó y examinó el objeto.

—¿Para qué sirve?

Para que los uránidas no desaparezcan jamás del Universo, hijo. Tú lo heredarás. Tendrás todo el poder que quieras, siempre que seas justo y honrado. Si dejas de serlo, por tu doble condición de terrestre y uránida, este «tregft» no te servirá de nada. ¿Has comprendido, hijo?

Sí, padre.

—Tómalo pues. Tu inteligencia te dirá cómo debes utilizarlo. A mí no me lo enseñó nadie.

Drisk Swayer tomó el «tregft» y fue a sentarse en una butaca oscilante.

—¿Dónde lo encontraste, papá?

Entre los regalos de boda que recibí cuando me casé con tu madre. Entonces supe que Drisk no estaba muerto y que había estado siempre con nosotros, aunque sin traje espacial... ¡Drisk era un individuo de otra dimensión, al que no podían destruir nuestras balas!

Exactamente —corroboró Jean con una encantadora sonrisa—. No podía ser destruido por nada.

Es curioso —comentó Drisk Swayer—. ¿Y qué tengo yo de él?

Aparte del nombre, el espíritu, el don, la virtud —dijo su padre —. Esas cualidades pueden envolverse en un traje plateado y hacer que hombres sencillos, como nosotros o como «Rocky» Winn, Mulligan, Alee Quincy y otros, se enfrenten con su propia conciencia.

—Todo es muy complejo, si no fuese por esto —comentó el joven alzando el «tregft»—. ¿Existió «Seederg»?

No existió, ¡existe aún! —replicó su padre—, Y algún día sabremos toda la verdad. Pero ya no podremos contársela a nadie. ¿No crees que es así, Jean?

Sí, Phillip; así es. La nave de Drisk, espera al que sea capaz de crear una pila de «Inxg». Nosotros hubiésemos podido hacerla, pero no quisimos.

Phillip sonrió. Comprendía a su esposa.

Llevamos veinte años casados y parece que nos conocemos por vez primera... ¡Ya tenemos cinco hijos, Jean!

Ella se levantó.

Hemos querido descorrer el velo del pasado. Tú no lo sabías, Phillip... ¿Sabías que yo también soy uránida?

—Sí.

Es curioso lo discretos que somos —Jean sonrió de nuevo — . Dejaremos esos problemas a Drisk. ¿Los resolverás, hijo?

Sí, mamá. Creo que sí. Y puede que hasta me decida a ir a donde está la nave que el ejército creyó destruir con su bomba atómica.

Sólo de tus actos tú serás el responsable, Drisk. Pero te aconsejo que no vuelvas atrás. No nos encontrarías —al decir esto, Phillip tomó a Jean del brazo y juntos se fueron hacia la terraza.

La noche era maravillosa. El cielo estaba materialmente cuajado de estrellas. Era un placer para el alma alzar los ojos al cielo, en aquella noche serena, y recordar.

—¿Cómo sabías que yo tenía el «tregft», Jean? —preguntó Phillip, al cabo de unos minutos, una vez estuvieron acodados ambos en la barandilla de la terraza.

Porque... yo lo puse entre los regalos de boda.

El sonrió. La explicación no podía ser más simple y lógica.

Me lo envió Drisk. Yo sabía que era para los dos... Había visto este porvenir nuestro en el inversor de tiempo. Os engañé a todos al

deciros que después de ver caer a Drisk, ante las balas de la tropa, se apagó la pantalla. Soy mujer y curiosa. Busqué mi futuro y lo encontré.

Eso era un gran peligro, Jean.

Lo corrí. En realidad, es como si hubiese vivido dos veces, ¿comprendes?

El no respondió.

Estuvieron un rato allí, pensativos. Luego, Jean se estremeció y musitó:

He debido coger frío. Entremos, Phil.

Sí, amor mío.

Penetraron en el salón. Drisk Swayer había desaparecido. Sobre una mesita estaba la caja metálica que había contenido el «trefgt»... Pero estaba vacía.

En el año 1987 podían suceder cosas muy singulares, pero no extrañas e increíbles, como el pasado.

Drisk Swayer se había ido porque tenía que cumplir una misión importante en otra dimensión distinta a la humana. Y a sus padres les pareció normal. El joven ya tenía casi veinte años...

FIN